

Universidad Nacional Autónoma de México

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**LA IMAGEN DEL NIÑO EN LOS
TRATADOS DE EDUCACIÓN
ESPAÑOLES DE CARÁCTER
ILUSTRADO EN LOS REINADOS
DE CARLOS III Y CARLOS IV**

TESIS

Que para obtener el Grado de
MAESTRO EN HISTORIA

presenta

**JORGE DEMETRIO
GAY MAYORAL**

Directora: Dra. Teresa Lozano Armendares

México, D.F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

A la memoria de mi bisabuelo Jorge Gay Molina, quien me educó y me ayudó de forma incondicional con alegría y cariño inmensos.

A mi madre Gabriela, por su constante afecto, interés y apoyo.

Agradecimientos

A la UNAM, mi querida universidad, por brindarme la oportunidad de ser parte de ella y por la beca otorgada, y en especial al Instituto de Investigaciones Filosóficas (IIF), así como al Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), por su política generosa en el préstamo de los materiales que resguardan.

A mi directora de tesis, la Doctora Teresa Mercedes Lozano Armendares, por su infinita paciencia y gentil disposición, virtudes sin las cuales este trabajo no hubiera salido a flote.

Al Doctor Martín Ríos Saloma, revisor de tesis, ya que gracias a sus valiosos consejos pude redactar correctamente el primer capítulo.

Al Doctor Antonio Rubial, por su amistad, consejo y afectuosa paciencia en escuchar mis dudas y avances de la investigación, alentándome siempre a continuar por buen camino.

Al Doctor Iván Escamilla y a la Doctora Mónica Hidalgo, por sus útiles observaciones.

Índice

Dedicatoria	1
Agradecimientos	2
Índice	3
Introducción	4
Capítulo 1. Ilustración y educación.....	10
Capítulo 2. La imagen de los niños	
Ideas generales sobre la niñez	27
Primera infancia: del nacimiento a los 5 años	28
Segunda infancia: de los 5 a los 11 años.....	51
Capítulo 3. La imagen de las niñas	
Importancia de la educación de las niñas	56
Educación física	57
Educación moral	60
Conclusiones	72
Bibliografía	
Fuentes primarias.....	77
Fuentes secundarias	79

Introducción

Cabría aclarar desde un principio que el ente político que ahora conocemos como España no existía, ya que es una construcción decimonónica que inicia con la intervención napoleónica en la Península Ibérica en 1808. Lo que había en el siglo XVIII era la Monarquía Hispana, también llamada Monarquía Católica, ya que la religión católica y la fidelidad al monarca eran los ejes rectores de la identidad hispana; dicha Monarquía era concebida como una corporación de corporaciones integrada por diversos reinos, autónomos todos ellos (aunque unos más que otros): Galicia, Aragón, Navarra, Nueva España, Perú, Nueva Granada, etc. En este caso, para facilitar la comprensión, ‘España’ y ‘españoles’ se usarán en su sentido actual, aclarando que para muchas personas de la época era más fuerte su sentido de pertenencia a sus pueblos y a sus reinos que a la propia Monarquía.

El tema central de esta tesis es la imagen o percepción de la niñez en general, y del niño y la niña en particular, en los tratados de educación españoles de carácter ilustrado durante los reinados de Carlos III (1759-1788) y Carlos IV (1788-1808). Hasta ahora, que yo sepa, no hay un estudio histórico que tenga como objeto de estudio la imagen del niño en dichos tratados, y esa pretende ser mi aportación con esta tesis.

Se ha escrito mucho sobre el niño, sobre todo desde un enfoque psicoanalítico, pero poco sobre las características de éste en las sociedades de Antiguo Régimen; considerado el pionero en este sentido es Philippe Ariès (1914-1984), quien bajo la perspectiva de la historia de las mentalidades publicó en 1973 *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*.¹ Este libro analiza desde diversos enfoques (crianza, vestuario, sexualidad, juegos, escolaridad, vida familiar, etc.) la imagen del niño antes de la Revolución Francesa, partiendo de la Edad Media donde el niño era prácticamente inexistente, y terminando en el siglo XVIII donde la importancia de éste era fundamental en la vida familiar. Menciona Pilar Gonzalbo (quien se ha dedicado en México a investigar sobre la vida familiar en Nueva España) que “algunas de sus afirmaciones fueron discutidas, sus métodos criticados

¹ Philippe Ariès. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Versión castellana de Naty García Guadilla. México, Taurus, 1998. 548 p. (Ensayistas, 284).

y sus resultados puestos en entredicho, pero nadie le niega el mérito de haber penetrado en un campo antes desconocido y de haber planteado preguntas trascendentales, a partir de premisas defendibles y con el apoyo de fuentes originales.”²

A pesar de que Ariès es considerado pionero en los estudios del niño desde una perspectiva histórica, el historiador francés Paul Hazard (1878-1944) ya había escrito al respecto. En 1938 se publicó *Le visage de l'enfance*, primer libro en que trata a la infancia como asunto de interés histórico. En 1946, de forma póstuma, se publica *La pensée européenne au XVIIIème siècle, de Montesquieu à Lessing*. La tinta que dedica en este libro al tema de la infancia es poca, pero vale su peso en oro, pues describe concisa y verazmente cuál era el ideal ilustrado de la educación en Francia, el cual se puede extender, en casi todos sus puntos, a la realidad española, lo que no resulta sorprendente pues recordemos que en ambas monarquías imperaba la misma dinastía: los Borbón. En el último libro del autor también se trata el tema: *Les livres, les enfants et les hommes* (1938).³

Cabe mencionar la revisión global de la infancia que publicó Buenaventura Delgado Criado en 1998; el autor hace una breve revisión de las imágenes del niño desde los egipcios hasta el siglo XX; asimismo, cuenta con un capítulo que me fue importante como uno de los puntos de partida de mi investigación, el cual lleva por nombre ‘Actitud de la Ilustración ante la infancia’.⁴

En revistas especializadas españolas, encontré un estudio interesante de Martín Domínguez Lázaro de fines de la década de los ochenta, el cual ofrece un amplio panorama de la educación del dieciocho en pocas páginas, desde los proyectos de reforma de las universidades por parte de Carlos III hasta la enseñanza primaria, del impulso de las escuelas de artes y oficios en el ámbito rural hasta la educación de las niñas⁵.

² Pilar Gonzalbo Aizpuru. *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, El Colegio de México, 2006. 304 p: 137. / Gay Mayoral, Jorge Demetrio. *El niño y lo sagrado en el Barroco novohispano*. Tesis de Licenciatura (Licenciado en Historia) – UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. México, El autor, 2009. 134 p: 4.

³ Paul Hazard. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Trad. del francés al español de Julián Marías. Madrid, Alianza, 1985. 406 p: 171-179. / *Les livres, les enfants et les hommes* apareció en castellano con el nombre de *Los libros, los niños y los hombres* en 1988, publicado por Editorial Juventud. / *Le visage de l'enfance*, hasta donde tengo noticia, no está traducido al castellano.

⁴ Buenaventura Delgado Criado. *Historia de la infancia*. 2 ed. Barcelona, Ariel, 2000. 222 p. (Ariel Educación).

⁵ Martín Domínguez Lázaro. “La educación durante la Ilustración española”, en: *Norba. Revista de Historia*, no. 10, Cáceres, 1989-1990, p. 173-186.

Se ha publicado en años recientes el estudio de Sergio Rábade Romeo, catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid, quien desde una perspectiva filosófica analiza el pensamiento ilustrado europeo respecto a la educación, sin abordar a autores españoles.⁶ Jesús Hernández García, catedrático de la Universidad de Oviedo, en un artículo sobre José Joaquín Fernández de Lizardi, dedica un par de valiosos párrafos para hablar sobre el ideal del pensamiento ilustrado acerca de la primera infancia.⁷

Sobre la Ilustración en España, quizás el primero en insistir sobre su importancia y riqueza fue Jean Sarrailh (1891-1964), en su magno estudio *L'Espagne éclairée de la deuxième moitié du XVIIIe siècle*, publicado en París en 1954, convertido hoy en un clásico; su primera edición en castellano data de 1957, intitulada *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*.⁸ Otro estudio importante fue el de Richard Herr, que lleva por título *The eighteenth century revolution in Spain* (1958); fue vertido al castellano como *España y la revolución del siglo XVIII*.⁹

En España, uno de los primeros que señaló la importancia del movimiento ilustrado español fue el historiador José Antonio Maravall (1911-1986), en un pequeño artículo publicado en la revista *Arbor* en 1955.¹⁰ Se publicó póstumamente un libro suyo enteramente dedicado al pensamiento del siglo XVIII hispano.¹¹

Francisco Aguilar Piñal ha sido una de las plumas más elocuentes sobre este tema, publicando varios trabajos al respecto.¹² Un estudio reciente y detallado sobre el pensamiento ilustrado español se debe a Francisco Sánchez-Blanco Parody, quien colaboró en el proyecto de Aguilar Piñal intitolado 'Historia y sociedad en el siglo XVIII español';

⁶ Sergio Rábade Romeo. "La Ilustración: concepción del hombre e ideal educativo", en: *Educación y futuro: revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, no. 13, 2005, p. 43-58.

⁷ Jesús Hernández García. "Ilustración y educación en la primera infancia. Un ejemplo: Fernández de Lizardi", en: *Revista de educación*, no. 341, sep.-dic. 2006, p. 495-515.

⁸ Jean Sarrailh. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Trad. del francés al español de Antonio Alatorre. México, Fondo de Cultura Económica, 1957. 784 p.

⁹ Richard Herr. *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1962. 417 p. (Biblioteca cultura e historia); nota: la versión que yo consulté es una reimpresión de 1973.

¹⁰ José Antonio Maravall. "La Ilustración en España", en: *Arbor* XXXI, 114. Madrid, 1955, p. 345-350.

¹¹ José Antonio Maravall. *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVIII*. Madrid, Mondadori, 1991; nota: desgraciadamente, no me fue posible conseguir ninguna de estas dos obras de Maravall.

¹² Francisco Aguilar Piñal. "Comoción espiritual provocada en Sevilla por el terremoto de 1755", en: *Archivo hispalense*, 56 (1973), p. 37-44.

----- . *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. 5 v. Madrid, 1981-1989.

----- . "El plan de estudios de Cándido María Trigueros (1768)", en: *III Coloquio de Historia de la Educación*. Barcelona, 1984, s.p.

----- . *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. Madrid, 1987.

fruto de esta participación fue su libro *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, publicado en 1991. Este libro de Sánchez-Blanco es muy completo, y me sirvió sobremedida para elaborar mi primer capítulo.

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909 – Granada, 2003), quien fue uno de los mejores especialistas en la historia moderna española (s. XVI - XVIII) escribió en 1988 el libro intitolado *Carlos III y la España de la Ilustración*, que apareció publicado de forma póstuma en 2005; en el capítulo séptimo de dicha obra, el cual lleva el nombre de ‘La enseñanza. La cultura’, analiza los fallidos proyectos de Carlos III de reformar las cátedras y estructura de las universidades, así como las Sociedades Económicas de Amigos del País (SEAP), el analfabetismo en la época (se calcula que sólo un 10 % de la población española sabía leer y escribir), la situación de la imprenta y las artes.¹³

Ricardo García Cárcel (Valencia, 1948) coordinó en años recientes un libro que analiza desde diversas perspectivas (política, económica y cultural) la realidad española durante el siglo XVIII; aunque trata muy someramente el asunto de la enseñanza, es muy útil en cuanto a que se trata de una revisión reciente del siglo XVIII escrita por diversos autores, cada uno especialista en su tema.¹⁴

El enfoque historiográfico que utilizo es la historia de las ideas, entendiendo por ello no el estudio de las ideas abstractas sino la relación dinámica de éstas con el medio que las rodea, el cual hace posible su existencia y les da sentido y propósito.

Resulta necesario aclarar que no estudiaré en esta tesis los tratados de Mayans y Siscar, Olavide, Trigueros ni Jovellanos debido a que se trata de reformas de estudios a la educación; dichos tratados no ofrecen una imagen del niño, pero resultan muy útiles para saber la situación de la enseñanza en esa época; la educación en dichas obras se concibe como el único camino de redención económica y moral de España, necesaria para la consecución de la felicidad tanto a nivel individual como colectivo.

Por el contrario, los tratados que sí analizaré serán el de fray Martín Sarmiento (*La educación de la niñez y de la juventud*), dos tratados de Pedro de Montengón (*Eudoxia* para las niñas, *Eusebio* para los niños) y el de Josefa Amar y Borbón (*Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*) para las niñas; esto suma un total de cuatro

¹³ Antonio Domínguez Ortiz. *Carlos III y la España de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 2005. 371 p: 254-296.

¹⁴ Ricardo García Cárcel. *Historia de España siglo XVIII: la España de los Borbones*. Madrid, Cátedra, 2002. 411 p.

tratados, dos para los niños y dos para las niñas.¹⁵ Estos cuatro tratados no se han utilizado, que yo sepa, en un análisis historiográfico previo, y constituyen la aportación de esta tesis para generaciones venideras.

El primer capítulo pretende ofrecer un panorama general sobre la relación entre Ilustración y educación, primero en su contexto general europeo y después en su especificidad hispana; en él se analizará cuáles fueron los principales proyectos y conceptos de la Ilustración respecto a los niños, así como la importancia de los tratados de educación, tanto de los europeos como de los españoles.

En el segundo, abordo ideas de la niñez y proyectos sobre cómo educar a los niños varones, siguiendo, claro está, los tratados de educación españoles; el primer apartado de este segundo capítulo lleva por título ‘Ideas generales sobre la niñez’, en donde retomo los conceptos generales acerca del niño, relacionándolos con sus fuentes, en especial con Locke, filósofo empirista inglés cuyo tratado gozó de enorme influencia y aceptación en Europa durante el siglo XVIII; en los otros dos apartados analizo las propuestas específicas de educación de la infancia, dividiéndolas en ‘Primera infancia: de los 0 a los 5 años’ y ‘Segunda infancia: de los 5 a los 11 años’; en la primera, los cuidados físicos de la madre son fundamentales para el robustecimiento del cuerpo del infante; en la segunda, que es donde comienza a divergir la educación de los niños y de las niñas, son los cuidados morales del padre para el fortalecimiento del alma del niño en las virtudes, los que gozan de preponderancia.

El tercer capítulo se aboca a las niñas, específicamente a la defensa de los ilustrados españoles sobre la importancia de educarlas, así como a su educación física y moral. La primera infancia es igual para niños y niñas; sin embargo, en la segunda infancia hay una clara divergencia, ya que para ellas la importancia de la madre sigue siendo fundamental, pues deberán imitarla en todo: vestir, andar, comer, etc., siendo ésta la principal responsable de su educación. La vigilancia debía ser mayor. Asimismo, el énfasis que se hace en la higiene personal es evidente, pues constituye el mayor realce a su hermosura. La relevancia de que aprendieran a leer y a escribir era menor que en el caso de los varones, aunque necesaria para mujeres de noble cuna, pues de lo que se trataba era que aprendieran a ser excelentes amas de casa, madres y esposas; por tanto, los rudimentos del álgebra y la

¹⁵ *Vid. infra*, bibliografía.

geometría bastaban. Necesario era también que se les instruyese en algún oficio manual, sin el cual se mantendrían ociosas. La división que hice en este capítulo entre la ‘Educación física’ y la ‘Educación moral’ de las niñas, se debe a que así está dividido en el libro de Josefa Amar y Borbón, mi principal fuente primaria para tratar la educación de las niñas.¹⁶ En el caso de los niños (capítulo 2), en los tratados de educación no aparece tan clara dicha división, y se acentúa mucho más la diferencia de edad.

Espero que esta tesis sea amena y de provecho para mis lectores.

¹⁶ Josefa Amar y Borbón. *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Nueva edición preparada

Capítulo 1.

Ilustración y educación

La Ilustración, tanto en la Península Ibérica como fuera de ella, fue un pensamiento profundamente burgués, es decir una ideología centrada en las ciudades, y por lo tanto destinada a promover la educación entre los ciudadanos con cierto pecunio, es decir de los *gentlemen* o *gentilhombres*, tomando como base los *Pensamientos sobre la educación* de John Locke. Nada más lejos del ideal ilustrado que nuestras aulas repletas de estudiantes; se busca, en cambio, un preceptor que atienda personalmente al niño. No es por tanto una educación universal, sino más bien enfocada a nobles y burgueses, de los que se busca ocupen puestos destacados relativos a la administración y el gobierno; para los campesinos y las mujeres, industria y oficio son los ideales de su educación, las primeras para cuidar de la casa, del marido y de los hijos, y los segundos para aumentar la producción.

En España, Pedro Rodríguez de Campomanes, el ministro más brillante y activo durante el reinado de Carlos III, estableció en 1777 la libertad de trabajo y la admisión de extranjeros en las industrias nacionales, suprimiendo con ello los gremios. El pensamiento reformista de dicho ministro, en cuanto al ámbito rural se refiere, quedó plasmado en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774) y en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775).¹⁷ Con el mismo objeto de promover la industria, se crearon también diversas Sociedades Económicas de Amigos del País (SEAP) por todo el territorio de la monarquía hispana.¹⁸ La primera en constituirse fue la Sociedad Vascongada de Amigos del País, fundada por don Javier Munibe e Idiáquez, conde de Peñaflorida, en 1765. “En esta Sociedad se mezclaban miembros de los diversos estamentos y grupos sociales unidos en la idea de conseguir una mejora del nivel espiritual y material de su tierra, de su ‘país’.”¹⁹ Con el término ‘País’ se refería, claro está, al País Vasco; sin embargo, la idea había prendido mecha, y detonó diez años más tarde, con la fundación de la Real Sociedad Económica de Madrid impulsada por Campomanes, el cual

por María Victoria López-Cordón. Madrid, Cátedra, 1994. 270 p. (Feminismos). (1ª ed: Madrid, 1790).

¹⁷ Delgado Criado. *Op. cit.*, p. 139.

¹⁸ Es importante mencionar dichas Sociedades porque todos los tratadistas que manejo pertenecían a ellas.

¹⁹ Domínguez Ortiz. *Op. cit.*, p. 278.

confeccionó el Discurso de su apertura, así como las Memorias de dicha Sociedad en 1780. “En numerosas ocasiones se le pide ayuda en asuntos relacionados con las Sociedades Económicas; en otras, consejo. En todas ellas se considera a Campomanes como protector y animador de la empresa.”²⁰

La preocupación de la Ilustración por la educación se enfatiza en toda Europa a partir de 1762 gracias a la publicación del *Émile* de Rousseau, pero se remonta a la publicación del tratado de Locke en 1693, fuente inagotable donde abrevarán los pensadores ilustrados para elaborar sus propios tratados de educación, incluyendo los españoles. Como afirma Hernández García: “En la Ilustración [...] se crea, especialmente desde Rousseau, una especial sensibilidad hacia la infancia, que se traduce en su mejor conocimiento y en una preocupación mayor por el niño, también por su singularidad respecto de los adultos. Desde ahora, se le considera un ser con peculiaridades propias que habrá que atender en todos los órdenes; un sujeto con modos de sentir y actuar diferentes de los mayores, al que habrá que cuidar según su propia condición.”²¹

La Ilustración se planteó reformar las costumbres sociales mediante la educación, luchando contra la dogmática teológica que proscibía y condenaba la *libido sciendi* (‘deseo de conocer’) como soberbia espiritual; por el contrario, la Ilustración la reconoce como constitución necesaria del alma. Denis Diderot, fundador de la *Enciclopedia*, la dirigió no tanto para transmitir un acervo de conocimientos, sino más bien *pour changer la façon commune de penser*²².

En España, sin embargo, los proyectos de reformas educativas tropezaron con un estricto control ideológico llevado a cabo por la iglesia tridentina y barroca, a través del Tribunal de la Inquisición. Con todo, cabe apuntar que hubo algunas propuestas.

Los intentos de educar a los niños y de reformar a la sociedad se inspiraron en la búsqueda de la religión natural, es decir, en la idea de un orden justo y perfecto de la Naturaleza donde la religión cristiana no tendría participación alguna.²³ En 1759, José

²⁰ *Ibid.*, p. 280.

²¹ Hernández García. *Op. cit.*, p. 496.

²² ‘Para cambiar la forma común de pensar’.

²³ Se pensaba que Dios imprimió en la Naturaleza justicia y perfección; la Naturaleza es un libro abierto donde dichos ideales pueden leerse y adaptarse a la vida cotidiana para así vivir felizmente.

Méndez del Yermo publicó, por vez primera en castellano, la doctrina de Confucio y sus consejos para vivir virtuosamente y alcanzar la felicidad.²⁴

En 1781 Félix María de Samaniego expresó, en la fábula *Los cangrejos*, un problema y una moraleja cuyas connotaciones científicas y políticas son por demás evidentes:

Los más autorizados, los más viejos
de todos los Cangrejos
una gran asamblea celebraron.
Entre otros graves puntos que trataron,
a propuesta de un docto presidente,
como resolución la más urgente
tomaron la que sigue: “Pues que al mundo
estamos dando ejemplo sin segundo,
el más vil y grosero
en andar hacia atrás como el soguero;
siendo cierto también que los ancianos,
duros de pies y manos,
causándonos los años pesadumbre,
no podemos vencer nuestra costumbre;
toda madre desde este mismo instante
ha de enseñar a andar hacia delante
a sus hijos; y dure la enseñanza
hasta quitar del mundo tal usanza.”
“Garras a la obra”, dicen las maestras,
que se creían diestras;
y sin dejar ninguno, ordenan a sus hijos uno a uno
que muevan sus patitas blandamente
hacia delante sucesivamente.
Pasito a pasito, al modo que podían,
ellos obedecían;
pero al ver a sus madres que marchaban
al revés de lo que ellas enseñaban,
olvidando los nuevos documentos,
imitaban sus pasos más contentos.

²⁴ José Méndez del Yermo. *Economía de la vida humana. Obra compuesta por un antiguo Bracmán, traducida sucesivamente a la lengua china, inglesa, francesa y de ésta a la española por...* Madrid, 1759, en: Sánchez-Blanco Parody. *Op. cit.*

Repetían sus madres sus lecciones,
mas no bastaban teóricas razones;
porque obraba en los jóvenes Cangrejos
sólo un ejemplo más que mil consejos.
Cada maestra se aflige y desconsuela,
no pudiendo hacer práctica su escuela;
de modo que en efecto
abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso,
y en su pleno congreso
la nueva ley derogaron,
porque se aseguraron
de que en vano intentaban la reforma,
cuando ellos no sabían ser la norma.
*Y es así; que la fuerza de las leyes
suele ser el ejemplo de los reyes.*²⁵

Para Samaniego, la educación no surtiría efecto si no se cambiaban las costumbres; y esto es aplicable tanto a los maestros como a los gobernantes. El hombre aprende más por la imitación que por las ‘teóricas razones’ que escucha.

Como puede verse, los versos de Samaniego, aparentemente triviales e infantiles, contienen en realidad un proyecto ilustrado de lo que sería la religión natural. Samaniego pensaba que el hombre debía descubrir en la naturaleza un orden objetivo que le sirviese de guía orientadora para conducir sus actos como organismo biológico y como miembro de una sociedad.

El jesuita Lorenzo Hervás y Panduro (Horcajo de Santiago, Cuenca, 1735 – Roma, 1809), considerado el padre de la Lingüística Comparada, estudió en un célebre libro las distintas edades del hombre, realizando amplias y profundas consideraciones sobre cómo debía ser la crianza, educación e instrucción de los niños.²⁶ Este género literario, denominado ‘tratado de la vida’, estuvo de moda en los siglos XVII y XVIII y su fin era filosofar sobre la existencia del hombre y corregir las malas inclinaciones en cada una de las edades que éste atraviesa.

²⁵ Sánchez-Blanco. *Op. cit.*, p. 361-362.

²⁶ Lorenzo Hervás y Panduro. *Historia de la vida del hombre*. 7 v. Madrid, Imprenta de Aznar, 1789-1799.

La forma más común que tenían los ilustrados de promover reformas a la educación infantil, tanto en España como en el resto de Europa, era mediante la publicación de tratados de educación. Las fuentes primarias con las que opero en esta tesis son los tratados de educación españoles, pero para entenderlos resulta imprescindible mencionar los tratados europeos de educación más importantes.

Comenzaré aludiendo a los *Ensayos* de Michel de Montaigne²⁷, publicados en 1580; en particular son dos los que abordan el tema de la educación de la infancia: “De los maestros” y “De la educación de los hijos”. El segundo es especialmente relevante; Montaigne le escribe dicho ensayo, a manera de epístola, a una señora de noble cuna, descendiente de los condes de Foix, la cual le había pedido consejo sobre la educación de sus hijos. Se basa para la elaboración de dicho ensayo en obras de los antiguos, en especial en las *Epístolas* de Séneca y en las *Vidas paralelas* de Plutarco; las citas de autores latinos y griegos son abundantes. La idea de Montaigne de que el aprendizaje en la infancia debe hacerse en la lengua materna, es retomada por los ilustrados españoles. Como cosa curiosa, cabe añadir que Michel de Montaigne fue el último ser humano del que se tenga noticia cuya lengua materna fue el latín, debido a la diligencia de su padre para que todos los parientes y criados le hablaran al niño en esta lengua, sin utilizar el francés.²⁸

Un autor fundamental que retomó y desarrolló ampliamente las ideas de Montaigne fue el inglés John Locke (1632-1704). El *Ensayo sobre el entendimiento humano* fue su obra principal, publicada en 1690; fue base de su teoría filosófica de corte empirista, en la que combate las construcciones metafísicas que le anteceden, negando toda realidad a la idea de substancia (rechazando así el innatismo de las ideas); en ella desarrolla por vez primera la idea de la mente del niño como una *tabula rasa*, es decir como una tablilla de cera sin usar, en la cual los padres o tutores podían grabar lo que desearan. En 1693 publica *Pensamientos sobre la educación*, obra clave en el pensamiento pedagógico que tendría una gran repercusión posterior en los tratados del siglo XVIII, entre ellos el *Emilio* de Rousseau.²⁹

²⁷ Michel de Montaigne (1533-1592) es considerado el creador del ensayo como género literario.

²⁸ Michel de Montaigne. “De la educación de los hijos”, en: *Ensayos*. Pról. y trad. del francés al castellano de Enrique Azcoaga. Madrid, Edaf, 1999. 344 p: 77-130. (Biblioteca Edaf, 241).

²⁹ John Locke. *Pensamientos sobre la educación*. Trad. del inglés al castellano de Rafael Lasaleta. Madrid, Akal, 1986. 381 p. (Akal bolsillo, 150).

Cabe mencionar aquí que Locke defiende la educación del *gentleman*, es decir del caballero; representa los intereses de la burguesía ascendente en Inglaterra después de 1688. Está muy influido por las ideas de Newton, y se entusiasma por la idea de que por medio de la sola razón es posible hallar los principios universales de la maquinaria del universo, que funciona como una inmensa, compleja y perfecta maquinaria de reloj.

Quizás el más famoso tratado sobre educación jamás publicado es el *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), publicado en 1762. Parte de su fama deviene porque fue incluido en el *Index librorum prohibitorum* (‘Índice de libros prohibidos’) de la Inquisición, debido a que el libro IV (de cinco) contiene la famosa ‘Profesión de la fe del vicario Saboyano’, la cual propone una religión natural, sin recurrir a la verdad revelada o a la guía de la Iglesia. También fue controvertido debido a que construye un proyecto de educación del ciudadano, es decir de un hombre libre, lo cual contravenía en España la condición jurídica de los individuos como vasallos del Rey, monarca por la gracia de Dios. El *Emilio* sentó las bases de la didáctica y la pedagogía contemporáneas.³⁰

Uno de los conceptos más interesantes del *Emilio* es el del buen salvaje, el cual Rousseau ya había abordado en 1755 en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Rousseau parte de la idea de que el niño es bueno por naturaleza, ya que en su estado de inocencia no ha sido contaminado por las ideas del mundo civilizado, y es responsabilidad de los educadores mantener ese estado de inocencia y bondad, similar al estado natural del buen salvaje que no conoce civilización alguna. ¿Por qué algunos salvajes son malos, amantes de la violencia y la destrucción? Para Rousseau la respuesta es clara: porque comen carne.

Los ilustrados, en Europa en general y en España en particular, escribieron sus tratados de educación como una reflexión personal sobre cómo les hubiese gustado a cada uno de ellos haber sido educado; a veces es consecuencia de un encargo, como es el caso de los ensayos de Montaigne, y otras surgen en el deseo ilustrado de formar ciudadanos capaces de llevar las riendas del gobierno y la administración, como el *Émile* de Rousseau.

Los ilustrados criticaban la educación que habían recibido, la cual veían aún dar a sus hijos. Decían que al salir del colegio un niño no sabía nada, o casi nada. Mascullaba un poco de latín y balbuceaba algunas palabras en griego. Aprendían sólo lo elemental de su

³⁰ Jean Jacob Rousseau. *Emilio o de la Educación*. México, Éxodo, 2008. 571 p. (Olica Reflexiones, 129).

lengua materna, que entendían mal; el catecismo, que no entendían; nada más. Después de ello, lo colocaban en una Academia, donde se le ponía un maestro de equitación, de baile, de esgrima, de música; no pasaba de los primeros elementos de geometría.

También se critica la idea de poner al niño un preceptor o pedante³¹ ignorante y de moralidad dudosa. Dicho preceptor habituaba al niño a la envidia y la malicia, con el nombre de emulación y vivacidad; le inculcaba la creencia de que el dinero era la más preciosa de todas las cosas; lo persuadía, en fin, acerca de la superioridad de un bribón con hacienda sobre un hombre de méritos que no tenía nada. Criticaban, en fin, la poca diligencia tanto del preceptor en cuidar del niño, como de éste en cumplir las tareas asignadas, y en pasar la gran mayoría de su tiempo en juegos y diversiones.

Los ilustrados señalaban los defectos, en la Universidad, de una educación escolástica basada en la repetición y en la creencia en autoridades consideradas verdaderas; el enfoque era que los alumnos supieran argumentar, ya sea defendiendo una tesis o contraviniéndola. Para contrarrestar estos males, se sugiere una educación basada en la experimentación y en el aprendizaje de algún oficio manual, aún entre la burguesía y la nobleza.

Algunos planteaban la disminución de la importancia del latín, y otros su desaparición. ¿Para qué perder siete años que, para la mayoría de los niños, no representaban más que trabajos y sufrimientos, en aprender una lengua muerta? ¡Que se enseñe en la lengua materna! La enseñanza de la historia era importante, no tanto la historia antigua, sino la historia política de Europa, la cual les serviría en los negocios a los que tendrían que ocuparse del gobierno. El estudio de la historia debería llevar aparejado el de la geografía. Por supuesto, no se podrían descuidar las ciencias, sobre todo las ciencias experimentales junto con las matemáticas y la física. Sobre las lenguas extranjeras, se recomendaría aprender sólo las que tuvieran alguna utilidad para los negocios por su número de hablantes. Algunos aconsejaban introducir la moral natural, empezando por Grocio y Pufendorf, y el derecho natural. Había quienes llevaban la preocupación por una preparación práctica hasta proponer el aprendizaje de las artes mecánicas: sería más precioso a un joven saber cómo se hacen los zapatos que calza que repetir a Aristóteles.

Los ilustrados entendían, a partir de Locke y el empirismo inglés, que no hay nada innato en el alma y que ésta se desarrolla con la aportación de las sensaciones que poco a

poco se transforman en ideas abstractas; la educación, por tanto, debía adaptarse a las leyes de la vida psicológica y ser progresiva. En lugar de aplicarse desde el exterior, y con rigor más o menos disfrazado, sobre una alma en formación, seguirá desde el interior los movimientos de esa alma. Como se cita en un escrito del destacado historiador francés Paul Hazard (1878-1944), allá por 1946:

La criatura será digna de interés desde la cuna. El padre y la madre, en lugar de abandonarla a los criados y descuidarla con pretexto de que todavía no tiene la edad de la razón, se inclinarán sobre ella para dirigir su desarrollo. El padre le enseñará las buenas costumbres con el ejemplo; antes de que el niño sepa siquiera lo que es la virtud, le confiará los gérmenes de prudencia que el porvenir hará fermentar. El papel de la madre no será menos considerable; le corresponderá mostrar qué amable y dulce es esa misma virtud. Los dos reunidos desempeñarán el papel de educadores antes de que empiece la educación.³²

Todo aquí es novedad: el interés hacia el niño desde la cuna, la educación por parte del padre y la madre durante toda la infancia, la importancia de enseñar con el ejemplo y de la madre como promotora de la virtud. El niño es ya, al contrario del siglo XVII, el centro de la familia y del amor conyugal; por tanto, la educación del niño deberá ser inspirada en el amor de sus progenitores, descartando el empleo del castigo como medio eficaz de enseñar, el cual sólo se reservará a niños con ánimos disolutos, aclarando el padre a su hijo que le castiga muy a pesar suyo con el fin de que enderece sus pasos.

Lo antedicho, si se magnifica a nivel social, constituye un ánimo mayúsculo de cambio, pues implica que se busca una sociedad no ya basada en el miedo y el respeto a las jerarquías, sino en el amor y el consenso social. Siguiendo a Hazard:

La educación nueva se acompañará de amor. Las observaciones ásperas, las reprimendas continuas, la severidad, al mismo tiempo que el aburrimiento, su compañero, desalientan a las almas jóvenes. El placer de aprender, la estima y el afecto que sabrán ganarse padres y profesores serán los ayudantes, naturales también, de una educación bien llevada. Los castigos

³¹ Pedante: del griego *paidós*, ‘niño’; pedante significaría algo así como ‘cuidador (o instructor) de niños’, es decir el maestro que enseña a los niños yendo a las casas.

³² Paul Hazard. *Op. cit.*, p: 176.

corporales, que se gustaba tanto de aplicar en otro tiempo, se abandonarán. No se hace entrar el saber a palmetazos; la violencia no produce nunca más que rencor y rebeldía.³³

El niño es alma, pero también cuerpo. Por consiguiente el modo de vestirlo y de acostarlo tendrá su importancia. Se pondrá especial cuidado en su alimentación, pues era frecuente que los niños se encariñaran en demasía con las golosinas, origen (se creía) del vicio de la embriaguez. Se cuidaba hasta de los más nimios detalles, como que no bebieran agua entre las comidas, y que se habituaran a comer viandas comunes y evitar los manjares, en la creencia de que un exceso de jugos empaparía las glándulas del cerebro, causando debilidad mental; debían así mismo sentarse a la mesa con sus padres, salvo en el caso de tener visitas.

La elección de preceptor no se confiará a la ventura. Se le exigirán las siguientes cualidades: vocación, ciencia, moralidad, firmeza y discreción, virtudes todas ellas propias de un sabio.

El curso de la educación deberá seguir al de la naturaleza; lo primero que se le enseñará son el nombre y la utilidad de los objetos sensibles, para luego pasar muy gradualmente al de las ideas abstractas, primero las de los hombres y luego las de Dios. “El principio fundamental de todo buen método es empezar por lo que es sensible, para elevarse gradualmente a lo que es intelectual; por lo que es simple, para llegar a lo que es compuesto; asegurarse de los hechos antes de investigar las causas.”³⁴

Los maestros del porvenir (sigo con Paul Hazard) debían supervisar paso a paso, siguiendo a los filósofos, el proceso de un espíritu en formación: observando el despertar de las facultades pueriles, satisfaciendo las que se manifiestan primero como son la curiosidad, el espíritu de imitación y la memoria; si se trataba de historia natural, éstos debían mostrar primero los árboles y los frutos, las aves y los insectos; si de cosmografía se trataba, hablarían del día y de la noche, de la luna y de las estrellas; si de física, empezarían con experiencias divertidas; si de latín, no empezarían con la sintaxis. Lenta y cautelosamente ascenderían a los conocimientos abstractos.

Era menester que la educación se hiciese cívica, pues no se trataba ya de formar buenos cristianos sino buenos ciudadanos, conscientes de sus derechos y sus obligaciones dentro de

³³ *Ibid.*, p. 177-178.

³⁴ *Ibid.*, p. 177.

una sociedad. La escuela debía adquirir un carácter nacional. Hazard cita al ilustrado francés Helvetius: “El arte de formar a los hombres, en todos los países, está tan estrechamente ligado a la forma del gobierno, que no es posible hacer ningún cambio considerable en la educación pública sin hacerlo en la constitución misma de los Estados.”³⁵ Tal gobierno, tal educación; los ilustrados no conciben educación posible en un gobierno despótico; la educación debía llegar a ser una parte importante de la política, pues la forma y es formada por ella. Así pues, como vemos, la educación no era para los ilustrados un tema baladí, ni mucho menos; implicaba el proyecto de reformar la sociedad, tanto en el campo como en las ciudades, posibilitando así un cambio en el gobierno, el fin del despotismo y la tiranía.

El Estado debía tomar las riendas de la educación, recién arrebatadas de la Compañía de Jesús en diversos países de Europa; debía proveer las necesidades de la Nación y no abandonarla a gentes con diferentes intereses a los de la patria (entiéndase la Iglesia); la escuela debía preparar ciudadanos para el Estado, y por tanto seguir las constituciones y leyes de éste. Dirigida por nociones místicas, los ilustrados pedían que fuese dirigida por nociones civiles; no se trataba de poblar el territorio de seminarios y de claustros, sino de formar ciudadanos; para ellos el bien público, el interés de la Nación demandaba que se preparase a cada generación para desempeñar con éxito las diferentes profesiones del Estado.

En España, la llegada de Carlos III al trono en 1759, conllevó un interés en reformar los cursos universitarios, los cuales seguían firmemente anclados en el escolasticismo y en la enseñanza del derecho romano. En marcha el plan de la expulsión de los jesuitas de los reinos de España de 1767, Gregorio Mayans y Siscar (Valencia, 1699 – *ibid.*, 1781), historiador y lingüista ilustrado, fue el encargado de esta tarea, autorizada por Carlos III a raíz de una entrevista que le concedió el 15 de octubre de 1766³⁶. Mayans elaboró un método que pasaba revista a todos los puntos que afectaban a la universidad, desde la matriculación hasta el cuidado del reloj, pasando por programas, textos, exámenes, oposiciones, etc.; proponía a su vez la reforma de los estudios jurídicos en el sentido de disminuir la preponderancia del derecho romano y aumentar la atención sobre el derecho

³⁵ Helvetius, Claude Adrien. *De l'Esprit*. París, 1758. Discurso IV, capítulo XVII, en: Paul Hazard. *Op. cit.*, p. 178.

³⁶ Domínguez Ortiz. *Op. cit.*, p. 260.

autóctono español; recomendaba que el latín se enseñase en lengua vulgar y se fundase en el estudio de los autores clásicos y no en el latín eclesiástico. Dicho método fue duramente criticado por los rectores universitarios debido a su postura ecléctica, es decir, al intento por armonizar a los antiguos con los modernos, buscando demostrar que entre ambos no había contradicción alguna.³⁷

El padre gallego fray Martín Sarmiento (1695-1772) fue un pensador ilustrado, amigo del padre benedictino Jerónimo Feijoo. Escribió varias obras respecto a la educación; la más importante de ellas, debido a su carácter ordenado (poco usual en Sarmiento) es el *Tratado de la educación de la juventud*, publicado en 1768. Se trata de un escrito dedicado a la educación de los niños (que no de las niñas) entre los 6 y los 12 años de edad. En dicha obra se dejan ver sus influencias de Montaigne y Locke, defendiendo un aprendizaje de sentido y comprensión, no de memoria y al pie de la letra; todo hombre es bien dispuesto si en él se deja obrar libremente a la naturaleza; defiende el aprendizaje de la lengua materna, en este caso el gallego, la lengua más cercana al latín según el autor (lo que facilitaría la aprehensión de dicha lengua más fácilmente).³⁸

Pablo de Olavide (Lima, 1725 – Baeza, Jaén, 1803) fue un escritor, jurista y político español famoso por desarrollar exitosamente empresas de colonización en la Sierra Morena (España), conocidas como las Nuevas Poblaciones de Andalucía y Sierra Morena. Como Intendente de Sevilla, publicó en 1768 un plan de estudios para la Universidad de dicha ciudad³⁹, en el cual considera necesario que la enseñanza deje de ser un monopolio de las órdenes religiosas y un escenario donde éstas diriman sus diferencias. Los estudios propiamente humanísticos (lenguas e historia) los cree mejor situarlos fuera de la Universidad, en las academias particulares. La reforma de la Facultad de Filosofía consistía en dar cabida a las matemáticas dentro de la lógica y ampliar el curso de física con una parte dedicada a la biología.⁴⁰

³⁷ Gregorio Mayans y Siscar. “Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España. 1 de abril de 1767”, en: Mariano y José Luis Peset Reig. *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*. Valencia, 1975, p. 181-351.

³⁸ Fray Martín Sarmiento. *La educación de la niñez y de la juventud. [Textos]*. Edición y estudio introductorio de Antón Costa y María Álvarez Lires. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. 294 p. (Clásicos de la educación, 4).

³⁹ Pablo de Olavide. *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla*. Estudio preliminar de Francisco Aguilar Piñal. 2 ed., revisada y actualizada. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1989. 156 p. (Colección de Bolsillo, 100).

⁴⁰ Francisco Sánchez-Blanco Parody. *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, Alianza, 1991. 414 p: 129-130.

Cándido María Trigueros (Toledo, 1736 – Madrid, 1798) propuso el *Plan de un nuevo método de estudios* (1768)⁴¹; postula que en las primeras letras deben enseñarse la lengua castellana, la doctrina cristiana y la ‘aritmética para el comercio’; después seguirá el estudio de las lenguas doctas (latín y griego). La educación queda subordinada al interés general de la nación, subrayando una y otra vez el carácter utilitario que deben tener los conocimientos. Espera que mediante una reforma educativa se acaben los males que afectan al país, sobre todo su atraso intelectual y moral.⁴²

Cabe resaltar que los tres tratados arriba mencionados se publicaron en 1768; en el caso de Olavide y Trigueros esto se debe a que, tras la expulsión de los jesuitas en 1767, muchas escuelas y cátedras quedaron vacantes y había que remplazarlas, aprovechando la coyuntura para quitar la educación de manos de las órdenes religiosas. El caso de Sarmiento se cuece aparte; sus escritos fueron escasamente publicados, y sólo fueron conocidos algunos de ellos por miembros del clero ilustrado en la región de Galicia.

El ex novicio jesuita Pedro de Montengón (Alicante, 1745 – Nápoles, 1824)⁴³ publica un tratado sobre educación intitulado *Eusebio* (1786-1788)⁴⁴, novela pedagógica con claras influencias de Locke y Rousseau. “El método jesuítico de la educación, practicado en internados y noviciados, lo modifica Montengón de forma que muchos aspectos resultan ahora comunes con los principios válidos para la educación de los *gentleman*.”⁴⁵ Se trata pues de una novela pedagógica, en la cual un niño es educado por un maestro laico en la virtud al margen de cualquier reflexión religiosa. Sitúa la acción entre los cuáqueros de la lejana Pensilvania alrededor de 1700, en un ambiente de tolerancia. Las máximas morales naturales (religión natural) constituyen el objeto de la enseñanza de su maestro Hardyl.

Dada la importancia para mi tesis, debido a su amplitud y profundidad, resulta necesario mencionar cómo está estructurado; *Eusebio* se divide en cuatro partes, y cada una de ellas en cinco libros, lo que suma un total de veinte. En la primera parte se relata la llegada de Eusebio con su criado Gil Altano a la desembocadura del río Delaware, en Salem (actual

⁴¹ Cándido María Trigueros. “Plan de un nuevo método de estudios”, en: Aguilar Piñal, Francisco. *El plan de estudios de Cándido María Trigueros (1768)*. Conferencia pronunciada con motivo del III Coloquio de Historia de la Educación. Barcelona, 1984, s.p.

⁴² Sánchez-Blanco. *Op. cit.*, 130.

⁴³ Fue desterrado de España en la gran expulsión de 1767.

⁴⁴ Pedro de Montengón. *Eusebio. Primera parte sacada de las memorias que dexó él mismo*. Nueva edición preparada por Fernando García Lara. Madrid, Editora nacional, 1984. 1110 p. (Biblioteca de la literatura y el pensamiento hispánicos).

estado de New Jersey) , víctimas de una borrasca que sepultó el navío en que viajaban en las profundidades del mar, matando a sus padres (los cuales eran nobles y ricos) y dejando a Eusebio huérfano y desamparado. Henrique Myden y su esposa Susana, cuáqueros de buenas costumbres, adoptan al niño de seis años y contratan al criado Gil Altano. Luego encargan a Eusebio a Jorge Hardyl, un humilde cestero, el cual educa a Eusebio en la virtud, instruyéndolo en la filosofía del estoico Epicteto. Eusebio conoce a Leocadia, y consigue de ella y de sus padres su promesa de casamiento, pero antes de efectuarlo Hardyl, Eusebio y los criados Altano y Taydor se embarcan a Inglaterra.

En la segunda parte del *Eusebio* se relatan sus peripecias en Inglaterra; entre ellas cabe señalar que les roban el dinero, y son salvados gracias a su oficio de cesteros, y hasta los llevan a la cárcel, pero al final recuperan sus bienes. Recalca la importancia de la virtud y el desapego ante los designios de la fortuna.

En cuanto a la tercera parte, Montengón narra las aventuras de la pareja en Francia, donde se desengañan del boato y las mentiras de la sociedad; cabe mencionar el suceso de un falso ciego a quien se atribuía haber recuperado la vista debido a la intercesión del cuerpo de un santo; la verdad era que el supuesto ciego se hacía pasar por tal, pegándose los ojos con goma, para tener dinero fácil. Montengón califica de absurdas las guerras de religión en Europa, promoviendo siempre el ideal ilustrado de tolerancia. En el libro quinto de este apartado, Hardyl muere en España dentro de su coche, atropellado por una manada de toros, revelando a Eusebio en los últimos instantes que era su tío materno; además, Hardyl se arrepiente de haber educado a Eusebio en la filosofía de los estoicos, y no en los principios de la ‘santa’ religión católica.

Parte cuarta y última: Eusebio pasa a España para pelear la herencia que le habían dejado sus padres con su tío Gerónimo, que la quería para él; da con el pastor Eumeno, el cual le informa sobre Jorge Hardyl (que se llamaba en realidad Eugenio Vall...) y su familia. Ante las preocupaciones de Leocadia, Eusebio zarpa hacia América dejando pendiente el caso, casa con Leocadia y tienen un hijo. Educa en la virtud tanto al hijo como a la esposa, siguiendo en todo los consejos de su tío Hardyl. Esta es la parte más rica para mi tema, pues abunda Montengón sobre el buen modo de educar e instruir a los hijos desde su nacimiento hasta los seis años. Regresa a España con su esposa Leocadia, dejando a su

⁴⁵ Sánchez-Blanco. *Op. cit.*, p. 224.

hijo encargado con una honesta campesina. En España, Leocadia es pretendida de Felipe, hermano suyo, el cual por poco consigue abusar sexualmente de ella; rabioso por ser víctima de un amor no correspondido, Felipe acusa a Eusebio de contrabando de tabaco (el cual llevaba ingenuamente su criado Taydor, ignorando que estaba prohibido); se le confiscan todos sus bienes, lo cual soporta Eusebio estoicamente, negándosele incluso la posibilidad de hablar en su defensa, debido a que su tío Gerónimo había comprado al juez. Lo liberan a él y a su esposa Leocadia, y regresan lo más pronto posible a América. Eusebio pierde el pleito y nunca obtiene la herencia de su padre, pero encuentra a su hijo Henriquito (llamado así en honor de su padre adoptivo Henrique Myden) robusto y sano. Así concluye Montengón su magna obra:

Volvieron [Eusebio y Leocadia] a emprender con santa e imperturbable tranquilidad el ejercicio de la virtud, que llegó a colmarlos de su más pura satisfacción y dulzura en el seno de la abundancia, después que les dio a probar su más precioso consuelo entre las penas y angustias del oprobio y de los agravios de la contraria suerte, para confirmar en ellos que no hay bienes ni tesoros en la tierra que por sí solos puedan hacer felices a los hombres sin la virtud; y que, por el contrario, no hay mal, ignominia ni tormento que ella no endulce y no haga llevadero con la fortaleza de sus máximas y consejos, que forman sólo la verdadera sabiduría en la tierra.⁴⁶

Si bien el tratado tiene influencias rousseauianas, no es una copia de Rousseau. El objeto de la educación del niño es la moral, no la ciencia, y esto de una forma tan radical que Rousseau no comulgaría con ella. La novela se convierte en un esbozo de lo que sería una educación natural. “Montengón es capaz de esbozar ante el lector español la posibilidad de la formación de la conciencia moral sin necesidad de recurrir a la autoridad de la Revelación o a los terrores del juicio final y del infierno. La ficción novelesca equivale a la concreción hipotética de una vida dentro del marco del deísmo.”⁴⁷

La contraparte femenina de *Eusebio* es *Eudoxia, hija de Belisario* (1793)⁴⁸, novela pedagógica en la cual Montengón trata sobre la educación física y moral de las mujeres; es

⁴⁶ Montengón, Pedro de. *Eusebio*, p. 1055.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 337.

⁴⁸ Pedro de Montengón. *Eudoxia, hija de Belisario*. Madrid, Antonio Sancha, 1793. Nueva edición preparada por Guillermo Carnero. “Eudoxia, hija de Belisario. Selección de Odas”, en: *Pedro Montengón. Obras*. T. II. Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1990. (Versión digitalizada, 156 p.).

decir que para comprender su proyecto de reforma de la sociedad a través de la educación, resulta imprescindible estudiar estas dos obras del autor.

La trama es la que sigue: Eudoxia, hija de Belisario, el más famoso general de Justiniano (emperador bizantino del siglo VI), está enamorada del joven Maximio, de familia noble pero con pocos recursos; Maximio también lo estaba de Eudoxia. Antonina, la madre de Eudoxia, desprecia a Maximio debido a que considera que las riquezas y gloria de su familia no se comparan con la suya; prohíbe, por tanto, que Maximio vuelva a ver a su hija. Además, Eudoxia gustaba de portar muchas joyas (era vanidosa), lo que excita las envidias de la Corte de Justiniano. Maximio escucha rumores de que Belisario, a su vuelta de la conquista de Rávena y de la prisión del rey godo Vitiges, iban a encarcelarlo. Maximio busca dar cuenta de ello a la familia de Belisario, y para ello se disfraza de comerciante; con el pretexto de vender enseres, entra a casa de Eudoxia, consiguiendo después de dos intentos informarle, a manera de presagio, la terrible noticia. Sin embargo es descubierto, y Antonina, estimando falso su presagio, lo manda encarcelar.

Sucede lo que había de suceder: Belisario es encarcelado, y todos sus bienes confiscados, quedando él y su familia reducidos a la más abyecta pobreza; la población de Constantinopla se amotina, y pide a gritos la liberación de Belisario; el emperador, temiendo que éste se convirtiera en el líder de la revuelta, destronándolo, manda que le saquen los ojos, y luego lo saca de prisión; Maximio entretanto había sido liberado y, disfrazado de mendigo, acudió a ver a Eudoxia en las afueras de la ciudad, mostrándose a su disposición.

Antonina muere de pena al verse sin prestigio ni joya alguna. Maximio conduce al ciego Belisario desde la cárcel a la choza de Eudoxia; después de muchos avatares, Maximio logra revelar su amor a Eudoxia y Belisario, el cual conviene en su casamiento. Justiniano se convence de la inocencia de Belisario, pide público perdón y lo restituye en sus honores y bienes; lo exhorta a ser asesor en su gobierno, pero Belisario rechaza su ofrecimiento, argumentando que prefería una vida en tranquila en el campo, que bastante había tenido con los caprichos inconstantes de la fortuna. Belisario vive y muere feliz, en el campo, hallando en este estado la sabiduría, es decir la visión interna.

Josefa Amar y Borbón (Zaragoza, 1749 – *ibid.*, 1833) fue miembro de las sociedades económicas de Zaragoza y Madrid; esta escritora ilustrada defendió en sus textos el

‘feminismo de la igualdad’, es decir que el cerebro no tiene sexo, y por tanto las mujeres pueden desempeñar cualquier función política y social tan bien como un varón. Fue autora de un *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres* (Madrid, 1790)⁴⁹, en el que aplica las teorías de Locke (cuyos textos cita en su lengua original) a la educación de las niñas, tema para el que en España se seguía el correspondiente tratado de Fénelon (*Aventuras de Telémaco*), que fue muy influyente a partir del reinado de Felipe V (Fénelon había sido amigo de su abuelo Luis XIV).

El *Discurso* de Josefa es por demás contradictorio en muchos puntos, entre los que destaca su visión a la vez novedosa y conservadora de las mujeres: la mujer es superior en entendimiento a un hombre; aún así, conviene en seguir apostando por una educación doméstica, muy similar a la del siglo XVII. Es por este carácter contradictorio que resulta tan interesante, pues muestra que muchos de estos temas formaban parte de debates efervescentes en su época.

Josefa podía leer a los autores clásicos en griego y latín; además era políglota, hablando inglés, francés e italiano. Fue una de las primeras mujeres en España en usar una biblioteca pública. Fue miembro de la Sociedad Económica de Zaragoza, y posteriormente de la Sociedad Económica de Madrid; en esta última constituyó el miembro femenino más destacado (sólo había cuatro mujeres más, éstas de origen noble o burocrático).

Gaspar Melchor de Jovellanos (Gijón, 1744 – Puerto de la Vega, Navia, 1811) fue un escritor, jurista y político ilustrado español; desarrolló un tratado con un programa basado en Locke y Condillac; fue redactado para la Sociedad Patriótica de Mallorca en 1790, durante el reinado de Carlos IV. “La *Memoria sobre educación pública o sea tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, que Gaspar Melchor de Jovellanos redacta en 1802⁵⁰, se declara abiertamente por la división en ciencias metódicas e instructivas propuesta por Condillac.”⁵¹ Este tratado presenta un carácter conciliador: “Es sorprendente la ingenuidad con que Jovellanos recoge todo lo antiguo en moldes modernos como si esto no presentara dificultad teórica alguna. El retorno a la físicoteología y a las causas finales demuestra que Jovellanos en realidad lo que

⁴⁹ Josefa Amar y Borbón. *Op. cit.*

⁵⁰ Gaspar Melchor de Jovellanos. “Memoria sobre educación pública o sea tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños” (1802), en: *Obras escogidas*. Madrid, 1966. T. II, p. 51-174.

⁵¹ Sánchez-Blanco. *Op. cit.*, p. 226.

quiere es una reforma muy superficial y que está tan asustado como los escolásticos del materialismo de los ‘filósofos’.”⁵²

⁵² *Ibid.*, p. 226-227.

Capítulo 2.

La imagen de los niños

Ideas generales sobre la niñez

“Los infanticos son unos *monos* [sic], que a su tiempo imitarán a los padres y a todos los de la casa, y estoy para mi, que esa misma propiedad de remendarlo todo, como *monos*, es muy del caso para que naturalmente y con gusto entren a la *enseñanza* pueril.”⁵³ Así describe Sarmiento la universal cualidad de los niños a aprehenderlo todo; debido a ello los padres deberán poner mucha atención para que el niño imite las virtudes y buenos modos, que no los vicios y modales descompuestos.

“Todo racional desea saber, y más que todos, los *niños*, por su innata *curiosidad* y por su bullicioso y vivaz apetito a saberlo todo, en especial lo que caiga debajo de sus *sentidos exteriores* y *sentido común*.”⁵⁴ Retoma Sarmiento, en este sentido, la sentencia de Locke de que los niños son *tanquam tabula rasa in qua nihil est depictum*⁵⁵, es decir ‘como tabla lisa en la que nada está pintado’; la metáfora se refiere a las tablillas de cera que en la Antigüedad y en la Edad Media se usaron para escribir.

La naturaleza del niño es débil, tanto en el aspecto físico como en el moral, pero puede fortalecerse gracias a los cuidados de los padres en su crianza y el empeño del propio niño en las actividades físicas y en el ejercicio de las virtudes.

Todo niño, al nacer, es salvaje; la diferencia entre los hombres radica en la crianza y en la sociedad de la que forman parte. Nacen con la semilla de la racionalidad, pero si no se cultiva, su entendimiento permanecerá al nivel de las bestias.

⁵³ Sarmiento. *Op. cit.*, p. 137.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 214. (Las cursivas son del libro de Sarmiento).

⁵⁵ *Ibidem*.

Primera infancia: del nacimiento a los 5 años⁵⁶

Sarmiento considera que el niño deberá ser amamantado por la madre, para que adquiriera su mismo humor⁵⁷, y pueda llevar un control preciso sobre la educación de su hijo; critica duramente la costumbre de dar a los hijos a amas de leche, atribuyéndola al ‘luxo’ y ‘luxuria’ de las señoras ricas. Ensalza a su vez la costumbre de las madres campesinas de dar leche a sus hijos, considerándola como la más natural y conveniente: “Las madres aldeanas y pobres, que han dado el pecho a sus hijos, les tienen un cariño muy superior y maternal; y el amor de los *hijos* [sic] para con sus madres es muy correspondiente.”⁵⁸

Sarmiento llama los tres Herodes de los niños a las enfermedades más comunes que éstos padecían: viruelas, lombrices y alferecía (epilepsia); según él, la propensión a padecer dichas enfermedades disminuiría si el niño mamara de su madre. Respecto a las viruelas recomienda su inoculación (vacunación), método que, según informa el autor, existía ya desde tiempos remotos en Mongolia.

Montengón menciona que los hijos no pueden tener mejor maestro que el padre, ni debieran tener otro ya que su ejemplo causa frecuentemente una impresión indeleble en su conciencia. A grandes rasgos, podría decirse que el padre debe ser el encargado de la educación moral del niño, mientras que la madre deberá serlo de su educación física, especialmente en sus primeros años, como se verá a continuación.

A Henriquito, hijo de Eusebio y Leocadia, se le destina una vez nacido una cama de juncos, la cual prefiere su padre en vez de una elegante para ejercitarlo desde su edad primera en las virtudes de la moderación y la humildad.

Es común en los tratados de educación el tema del ejercicio de la virtud, en especial la moderación; esto tiene un trasfondo en la medicina de la época, con raíces hipocrático-galénicas, que postulaba que todo exceso era dañino debido a que conllevaba necesariamente un desequilibrio en los humores, y por tanto un trastorno en la salud.

⁵⁶ Los términos primera y segunda infancia no existían en la época; sin embargo, considero oportuno utilizarlos para fines de claridad en mi explicación. La diferencia entre primera y segunda infancia vendría dada por el desarrollo de la razón y de las habilidades del habla.

⁵⁷ En la teoría médica de la época, de raíces hipocrático-galénicas, los cuatro humores (sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla) determinaban los cuatro temperamentos (sanguíneo, flemático, melancólico y colérico, respectivamente); de ahí la insistencia que el niño mamare la leche materna, para que el niño poseyese en un futuro el mismo humor de la madre, para que ésta pudiese criarlo más fácilmente.

⁵⁸ Sarmiento. *Op. cit.*, p. 130.

También la filosofía estoica (Séneca, Epicteto) pugnaba por una vida de moderación (nada con exceso, todo con medida) tanto en el aspecto físico (ejercicio, sueño, alimentación, etc.) como moral (pasiones y desapego ante los reveses de la fortuna).

La meta de una buena educación es fomentar las virtudes y desterrar los vicios; la mente del infante es una *tabula rasa*, tierra fértil a cualquier semilla; las buenas deberán plantarse y fomentar su crecimiento, mientras que las malas deberán evitarse o, una vez germinado, arrancarse con presteza. La labor educativa es semejante, como se ve, a la jardinería.

Es necesario que la madre alimente al niño por sí misma, sin recurrir a nodrizas, también llamadas amas de leche, ya que éstas podrían comunicarle al niño un humor diverso al de la madre, lo que podría traer futuros problemas respecto a su crianza, además de que las dichas nodrizas, por no ser su hijo, no tendrán el mismo afecto y el mismo cuidado que la madre.

Montengón atribuye esta costumbre, calificándola de antinatural, a la lujuria de las madres que, viviendo en la ciudad, prefieren los placeres de la vida social a la obligación natural de la maternidad: alimentar con sus senos al hijo. No es extraño, dado que nos encontramos en una sociedad patriarcal, que no se mencione los deseos vehementes del hombre de satisfacción sexual como otra de las causas de esta curiosa costumbre.

Montengón describe impetuosamente los peligros de dejar al niño al cuidado de una nodriza:

Los que siguen a la indiferencia, o al afecto del sólo interés del ama de leche, o al fraude de su salud tal vez infecta, o de su oculto preñado; los que acompañan a su mal genio, a sus descuidos, a sus groseros modos o malas costumbres y a sus pretensiones, que os acarrearán mayores disgustos, mayores desazones y pesares que todos aquellos de que os pretendéis eximir, desperdiciando vuestra leche antes que el hijo propio la chupe. Cuanto más apartan a las madres del primitivo fin de la naturaleza las preocupaciones y errores del lujo, de la ambición y de la vanidad, tanto más agravan los trabajos y engorros de la crianza de los hijos. Por el contrario, cuanto más nos acerquemos con los ojos al primitivo fin, veremos que los mayores cuidados y desvelos, en vez de ser sensibles a las madres, se sienten al contrario impelidas a ellos con la dulce fuerza del afecto, que lucha en cualquiera pena y trabajo que lo contrasta.⁵⁹

⁵⁹ Montengón. *Eusebio*, p. 950.

Aquí vemos reflejada una mentalidad de la Ilustración: todo lo natural es bueno; si se aspira como sociedad a la felicidad, debemos seguir en todo lo que podamos a las leyes de la Naturaleza, las cuales fueron dictadas por un Dios bueno y justo para que el comportamiento de los hombres fuese igualmente justo y bueno (deísmo); de ahí también el anhelo por la vida bucólica, lejos de los trajines y apuros de las grandes urbes.

Para Montengón está claro que la costumbre de las campesinas de amamantar a sus hijos es la ideal porque es la más cercana a la ley natural:

¡Con qué apasionado afecto miran los irracionales a sus cachorros! ¡Con qué incansable paciencia los velan! ¡Qué penas, qué trabajos distraen a las madres salvajes de alimentar a sus hijos llevándolos en sus brazos días enteros de camino! ¡Qué trabajos, qué labores del campo, después que lo regaron con sus sudores, distraen a las labradoras de la crianza de los suyos, ni les disminuye el amor y afán que por ellos sienten. Mas al paso que nos acerquemos con la imaginación a las ciudades y a los estrados, sentiremos el aire de la corrupción, que inficiona por grados los más puros afectos y los más fuertes que infundió la naturaleza en el corazón humano, pervertido de la opinión y de los prejuicios de la disolución, del dañado entendimiento, del libertinaje que no sufre, que antes bien se indigna, y por lo mismo hace befa de los estorbos que opone a su inclinación o a su pasión una tierna madre, que, o por virtud, o por dulce genio, se atreve todavía representar en rico estrado la imagen de la mujer fuerte.⁶⁰

Este ideal de la mujer fuerte nos recuerda el de las mujeres espartanas, las cuales realizaban los mismos ejercicios físicos que los hombres. Dicho ideal se retoma por los ilustrados, tanto hombres como mujeres, para argumentar sobre la importancia de la educación femenina en la consecución de la felicidad de la sociedad. Añade Montengón a este respecto:

Mas a pesar de las befas y murmuraciones de las de su sexo, el concepto y respeto que su ejemplo las granjea entre los discretos y prudentes, hace humillar y confundir aquellas madres que se apartan de esta tan precisa obligación. Su casa, a la verdad, no se verá tan frecuentada de visitas, pero tampoco sufrirá sus molestias. Ella no se verá cortejada a pesar de los atractivos de su hermosura, pero suplirán a las veleidades del cortejo el puro, tierno y sincero amor de sus hijos y las adoraciones del marido que, penetrado de la tierna y virtuosa paciencia de su esposa, sentirá crecer su inextinguible afecto para con ella, y hacerse más dichosa su unión, antes con

⁶⁰ *Ibid.*, p. 950-951.

los alicientes de su virtud, que con los de su belleza. Esta resplandecerá mucho más en medio de sus hijos, que las joyas de que otras se adornan para lucir en los saraos, y desde el retiro de sus estancias, exigirá su concepto mayor veneración del público, que la que se pudiera prometer del imperio de la moda y universal cortejo.⁶¹

Es decir que la mayor satisfacción en obrar de acuerdo a la Naturaleza respecto a amamantar la madre a sus hijos, es el aumento del amor intrafamiliar, el incremento de la honra ante la sociedad, y el consecuente acrecentamiento de la felicidad, tanto a nivel familiar como social. El secreto está en oír los dictámenes de la sabia Naturaleza: “Leocadia⁶² no obra por este fin. Sin tener ejemplos contrarios, sigue la inclinación de su genio y el impulso de su amor y ternura para con el hijo a quien cría a sus pechos. Ni le ocurre ni sabe que su crianza puede estorbarle las visitas, ni impedirle el galanteo: hace lo que le enseña la naturaleza, lo que le dicta la misma.”⁶³

Vale más que las madres, y los hombres en general, sigan el imperio de la Naturaleza que el imperio de la moda, pues mientras que el primero es sabio y eterno, el segundo es frívolo e inconstante; el primero es fruto sano y nutritivo, el segundo descompuesto y dañino.

Montengón critica, por otra parte, la costumbre de usar fajas en los niños, pues la considera antinatural, y por tanto peligrosa para la salud de los mismos.

Leocadia, según costumbre, quiso fajarle todo el cuerpo hasta los ojos y cubrirle bien la cabeza con doble capillo⁶⁴. Esto, para que no se resfriase; aquello, para que no se maltratase. Eusebio, al contrario, pretendía que el niño tuviese las manos y pies libres para que las extendiese, encogiese y menease a su agrado, y la cabeza desnuda por la razón opuesta, para que no se resfriase, acostumbrándola desde la infancia a la impresión del aire. Por parte de Leocadia estaba la preocupación, por la de Eusebio la razón física.⁶⁵

⁶¹ *Ibid.*, p. 951.

⁶² Esposa de Eusebio, representa la perfecta casada y la perfecta madre, que adquirió su virtud gracias a los prudentes consejos del marido, y a su naturaleza dócil, obediente y reservada.

⁶³ Montengón. *Eusebio*, p. 951.

⁶⁴ Capillo: cubierta de lienzo que, para abrigo de la cabeza, ponían a los niños luego que nacían.

⁶⁵ Montengón. *Eusebio*, p. 952.

La razón desbanca, apoyada en la experiencia, a la superstición, en este caso a una costumbre fundada en el prejuicio. Y son la razón y la experiencia las que deben imperar, no el castigo ni el principio de autoridad.

¿Pero cómo dar a entender ésta y destruir aquélla en la opinión de una tierna madre? Con el amor, guiado de la persuasión, sin resabio de autoridad y de imperiosos modos, que en vez de obtener lo que pretenden, excitan la altercación en los padres sin conseguirlo, o si lo consiguen, es con disgusto de entrambos y con airada sumisión del que cede. Leocadia, persuadida de las razones de Eusebio y convencida por él mismo, que los antiguos usos de los pueblos no debían ser apreciados por su antigüedad, sino por la razón, quitó las fajas y tocas del cuerpo de Henriquito. Los pañales cubrían su desnudez, abrigándole sin ningún apremio. Así, la libre circulación de la sangre y la transpiración, que son los dos fomentos principales de la salud del hombre, no sufrían violencia, causa de los ajes y enfermedades que contraen insensiblemente los niños agarrotados en las fajas, y de su delicadeza sobrada, o de su debilidad de miembros, no estando acostumbrados desde el nacimiento a las diversas impresiones del aire.⁶⁶

Montengón hace aquí gala de los nuevos conocimientos médicos, basados en el estudio y disección del cuerpo humano. Apoyándose en tales conocimientos, construye su argumento en contra de fajar a los niños. Continúa el autor:

Este es reputado generalmente el capital enemigo de la salud del hombre, siendo así que es su principio vital y su mayor amigo al que con él se familiariza desde la infancia. Los padres, engañados de los daños y males que experimentan ya grandes en sí mismos si no les cierran la entrada por todas partes cubriéndose bien la cabeza y el pecho, infieren que enfermarán del mismo modo los niños si no usan con ellos de la misma precaución. En fuerza de esta dañosa preocupación, en vez de fortalecerlos, los enflaquecen; y por falso temor de que no padezcan, siendo niños los acostumbran a ser víctimas de mil ajes cuando crecidos y cuando adultos. Las fibras de los niños son tiernas y delicadas, ¿quién lo duda? Por lo mismo conviene comenzar desde luego a endurecerlas y a hacerlas un escudo de la salud. Tan tiernos nacen los hijos salvajes como los europeos. Aquéllos, por crecer desnudos al sol, al viento, a la lluvia, a las inclemencias de los tiempos, ¿crecen por eso enfermizos, o padecen menoscabo en su salud? ¿Quién más robusto que un salvaje?⁶⁷

⁶⁶ *Ibid.*, p. 952-953.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 953.

Salvajes nacen todos los niños; la diferencia radica únicamente en la sociedad que los acoge y en la educación que reciben. Su naturaleza al nacer es débil, pero puede fortalecerse si se le enfrenta paulatinamente a las variaciones de temperatura, a diversas especies de alimento, etc.

Leocadia decidió mantener en su cuarto a Henriquito, para mejor atender a sus necesidades. Montengón cuenta que en los dos primeros meses Henriquito vivía sosiego, pero poco a poco fue perdiendo su natural bondad, apoderándose la malicia de su corazón.

Una noche entre otras, prorrumpió en llanto tan pertinaz que, no bastando a la afanada madre todos los medios y expedientes para acallararlo, vióse precisado Eusebio a levantarse para tentar de por sí lo que no había podido conseguir Leocadia, después de haberlo desnudado para registrarlo y mudádole de pañales. Pareciendo a Eusebio que el niño tuviese alterado el pulso, ruega a Leocadia que se acueste, pues el mal no tenía otro remedio por aquella noche que la paciencia, y tomando a Henriquito en sus brazos, comenzó el sufrido padre a pasearlo en ellos por el cuarto, acomodando su paciente ánimo a aquel accidente. Leocadia instaba con afán para que se llamase el médico en aquella hora. Eusebio repugnaba a ello, diciéndole que el pulso no indicaba tal necesidad y que el último partido que tomaría sería el que le aconsejaba.⁶⁸

Una vez más, los signos de los nuevos tiempos se hacen presentes. Impensable hubiese sido en el Barroco tantos mimos y cuidados por la salud del niño, ni menos que, ante los lloros del mismo, lo primero que hiciese un padre fuese tomarle la presión; esto demuestra el estrecho vínculo de la Ilustración hispana con el avance de los conocimientos médicos, que hunde sus raíces en el movimiento *novator*.⁶⁹

La experiencia como método fiable para obtener conocimiento se nos muestra una vez más; Eusebio, mediante la toma del pulso del niño, *sabe* que sus lloros no tienen mayor importancia, mientras que su esposa Leocadia, guiada por la costumbre, *creo* que su hijo padece algún daño, y por tanto desea llamar a un médico.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 954.

⁶⁹ El movimiento *novator*, surgido en España a fines del siglo XVII, proclamaba un pensamiento no basado en autoridades, sino en la experimentación, ante el cual se escandalizaron los universitarios. Se trataba de abogar por un conocimiento empírico, en contraposición a la conservación anacrónica de teorías anquilosadas y escleróticas de las universidades. Su lema era 'inquirenda veritate', es decir 'investigando la verdad'. El movimiento *novator* destacó en la medicina en su vertiente práctica, es decir la cirugía.

Como no se le oponía en cosa alguna, sin darle razón de su contrario parecer, le dijo que la naturaleza era el mejor médico de los niños; que ella sola suplía a la ciencia y medicinas, a quien hacía inútiles aquella edad en que los niños, faltos de expresión para indicar o declarar sus males, dejaban a oscuras las luces de los médicos, los cuales por la mayor parte procedían a tientas y a la ventura en tales curas; que si en ellas podían acertar, era más probable que pudiesen errar y apresurar la muerte del niño, que sin ellos viviría, dejado al solo cuidado de la naturaleza. Que ninguno de los niños que había obtenido de esta entera contextura y complexión, perecía por achaque accidental si no lo agravaban los médicos, pues toda buena complexión llevaba consigo fuerzas intrínsecas para resistir a la alteración de los malos humores de donde el mal procedía.⁷⁰

Ni éstas ni otras razones convencían a Leocadia, la cual se quejaba de que su marido se oponía siempre a su parecer, y que si había cedido las demás veces, en esta ocasión no lo haría porque estaba en juego la salud de su hijo; y que si no quería llamar al médico, lo haría ella. Eusebio le dijo que no peristiría en su parecer; que si no se persuadía de sus razones, no por eso le estorbaría en sus deseos de llamar al médico.

Esta suave condescendencia acalló de repente los alterados sentimientos de Leocadia y los convirtió en mayor ternura de afecto para con él, disputándose entre sí la carga del niño y el santo sufrimiento que les exigía en su incallable llanto, haciendo pasar en claro toda aquella larga noche a sus virtuosos padres, cuyo afán y paciencia endulzaba el amor que se profesaban.

Con la luz del venido día se fue sosegando el niño, y con él el cuidado de sus buenos padres. El médico llamado comparece; mas, no sabiendo encontrar mal en el niño, dejó con todo su receta a tenor de las informaciones de la madre, a quien Eusebio dejó obrar hasta que, partido el médico, al tiempo que enviaba ella a Taydor a la botica con la receta, quiso verla Eusebio; y vista, le dice: Leocadia, aunque esta receta me confirma más en mi opinión, dejo con todo que vaya a su destino por complaceros. Espero que Henriquito no necesitará de ella, pues duerme según parece. Habíase de hecho dormido y continuó a dormir la mayor parte del día. Pero venida la noche comenzó a regañar, prometiendo otra peor que la pasada a sus padres.⁷¹

Antes de continuar con tan simpática narración, me gustaría aclarar que las precauciones de Eusebio acerca del proceder de los médicos estaban por demás justificadas; y para comprobarlo, basta decir que la receta que el médico entregó a Leocadia era de opio o

⁷⁰ Montengón. *Eusebio*, p. 954.

⁷¹ *Ibid.*, p. 955.

adormidera, llamada así porque se daba a los niños para dormirlos y que no llorasen; además de que a la larga alteraba su salud, una sobredosis podía dormirlos para siempre, es decir matarlos.

A continuación realizaré una larga transcripción del texto de Montengón, pues considero necesario expresar sus ideas respecto a la crianza de los niños en sus propios términos, pues por un lado resultan decisivas en su línea argumentativa y por otro me permitirá hacer un análisis preciso de las mismas:

Eusebio aconseja a Leocadia que encargue el niño al cuidado de una de las criadas para que pudiese ella dormir, pues había ya pasado en vela algunas noches continuadas. Leocadia no sabe resolverse a ello, lisonjeándose que el niño se sosegaría. Desvaneciéndose luego esta lisonja, pues pareció que Henriquito esperase el momento que sus padres estuviesen en cama para prorrumper en más recio llanto que el de la noche antecedente. Leocadia exclamó entonces:

LEOC. ¿Qué será esto, Eusebio? ¿De qué podrá proceder este llanto? El médico no supo acertarle el mal.

EUS. Temo, Leocadia, que lo erramos en contemplar demasiado al niño. Entro en sospechas que esos lloros sean antes efectos de pertinacia, que de mal ni de enfermedad.

LEOC. ¡Pertinacia en un niño de tres meses!

EUS. No lo debéis extrañar. La malicia es el primer vicio que se despierta en el hombre. Él es efecto de las primeras ideas del alma, sugeridas del amor propio, que es el primer sentimiento y pasión que aviva la naturaleza.

LEOC. ¿Cómo es posible?

EUS. Es más difícil de explicar que de concebir. Lo apuntaré con todo. El niño ve la luz y la ama, porque lo regocija, entreteniéndole la embaída vista con los claros objetos que le presenta. El mismo aborrece las tinieblas, porque a más de robarle todos aquellos objetos, infunden en su alma las semillas del temor, asombrándola con la obscuridad. A más de esto, de día ve a sus padres que continuamente lo acarician y las caricias lo alegran, porque lo halagan y se huelga en sentirse sompesado⁷² en ajenos brazos. De noche nada ve y se halla tendido en una cuna insensible que nada le dice, y en postura a que tal vez no quiere sujetarse. Ved aquí muchas causas de ese llanto importuno.

LEOC. ¿Pero no está tendido de día en la cuna y duerme y calla en ella?

EUS. Ese será cabalmente el motivo también porque ni calla ni duerme de noche, ni nos deja dormir. Yo sería de parecer que tentásemos no dejarlo dormir tanto de día, y a más de esto, que nos hiciésemos una ley de no manifestarle tanto nuestro amor con cariñosas demostraciones. Estas obran más de lo que os podéis imaginar en el alma y sentimientos de los niños. A fin pues

de prevenir con tiempo todos los siniestros efectos, deseara proponeros otro expediente, aunque temo que os haya de ser sensible, y por lo mismo, que no lo abracéis.

LEOC. ¿Qué expediente?

EUS. El de tenerlo en cuarto aparte de día y de noche, para acostumbrarlo a las tinieblas y a la soledad.

LEOC. ¿Os sufriera el corazón tal extravagancia? Extraño, Eusebio, que os haya ocurrido.

EUS. ¿Mas de qué se trata, Leocadia? ¿No es del bien del niño? ¿Nuestros cuidados y desvelos no llevan por mira este fin? Pongamos, pues, los medios para conseguirlo.

LEOC. ¿Y qué bien se le podrá seguir por dejarlo solo y desamparado en un cuarto?

EUS. Muchos, a mi parecer; oíd algunos. Acostumbrarlo con tiempo a no temer antes que el temor preocupe sus conocimientos. El quitarle todas ocasiones que pudiesen hacerlo tenaz, obstinado y regañón. El alejar de sus ojos y oídos todos los objetos que suelen fomentar en los niños sus primeros caprichos y fantasías, las cuales es indecible cuán presto se despiertan en el alma de los niños y avivan en ellos a las demás pasiones. El niño, acostumbrado a tener, a ver y a recibir continuas prendas y objetos de aprecio y de estimación, luego que le faltan, las desea; deseándolas, las pide; ni sabe pedir las sino con imperio, con grito y con llanto, faltándole otra expresión a su porfía. Si no lo contentáis, le encendéis el enojo, luego la venganza, en cuyas demostraciones lo veréis prorrumpir. Si condescendéis con él y satisfacéis sus deseos para acallararlo, se los aviváis mucho más y ponéis cebo a su obstinación. Ved algunos de los muchos males que pudiéramos evitar, criándolo en cuarto aparte, como dije.

LEOC. No podré jamás resolverme a eso, Eusebio.

EUS. Debe costar, no hay duda, al amor materno; mas sin esfuerzo y vencimiento no hay virtud. Otras madres no necesitarían de ella para abrazar de contado el partido.

LEOC. ¿Llamáis virtud el sofocar los sentimientos del amor de madre?

EUS. No digo sofocar, bien lejos estoy de eso; pero bien sí reprimirlos, de modo que no redunden en daño del niño, por querer mirar demasiado por su bien. No es todo amor puro el que sentimos por los hijos, Leocadia. Lleva mucha liga de amor propio y de vanidad. A las veces nos amamos más a nosotros que a los mismos hijos. Tiene también sus vicios el amor paterno; y el principal entre ellos es el que nos incita a condescender con lo que muestran querer los niños, temiendo darles que sentir si se lo negamos. Así los hacemos viciosos y mal criados. La naturaleza engendra al hombre sin antojos, sin ansias, sin deseos, fuera de lo que contribuyen a la conservación de su ser. Todos los demás se los infunde nuestro ejemplo, se los fomenta nuestro vicioso amor. Nosotros somos los que los cargamos de nuestras pasiones.

LEOC. ¿Qué sabe de todo eso el niño?

⁷² Sompesado: levantado en peso.

EUS. Ese es el engaño universal de casi todos los padres, persuadidos de que los niños no conocen las cosas. Pero cuando menos se catan⁷³, ven que el niño que llevó el dije de oro o de plata, echa de revés el de madera, el de hueso o el de cobre, si se lo presentan. Así sucede en todo lo demás. Insensiblemente echamos en sus ánimos las semillas de los vicios, que tarde o nunca llega a sofocar la educación. Lo que le hemos, pues, de negar con el tiempo, neguémoselo ahora y acostumbremoslo a lo que tal vez después no lo podremos acostumbrar.⁷⁴

El susodicho circunloquio va encaminado a demostrar a los más escépticos que el niño, a partir de los tres meses de edad, tiene ya desarrollado su entendimiento a pesar de que no pueda expresarse de forma verbal, utilizando para este fin lloros, gritos y gestos. Este argumento rema a contracorriente de la idea generalmente aceptada en la época: que el desarrollo de la inteligencia iba a la par del desarrollo del habla; por tanto, la educación tradicional en caso de los varones no se enfocaba hacia la verdad, sino hacia la argumentación, siguiendo la tradición grecolatina (Aristóteles y Cicerón, por citar dos personajes representativos de dicha tradición).

Como el niño tremesino es ente de entendimiento, puede entonces aficionarse, a través de sus sentidos, a los objetos brillantes, mimos y caricias, llorando y gimiendo cuando es privado de ellas. Por tanto, conviene acostumbrarlo desde ese momento a la privación, para que su ánimo se acostumbre a ella y no la sufra de mayor, ni sufran los padres en un futuro las funestas consecuencias de una mala educación.

Quizás no esté de más subrayar que Eusebio, a pesar de tener razón, busca persuadir a Leocadia de su error, desmenuzando punto por punto su terca resolución de tener a su lado a Henriquito. Lo que se implica es el combate a una forma de pensar, de tradición escolástica, que tiene por base la autoridad; en vez de ella se busca elevar a los altares del conocimiento a la experiencia, la cual es universal y se muestra a los hombres constantemente; sólo falta que abran los sentidos y lean el libro abierto de la Naturaleza, cuyas páginas se escriben en un código comprensible a todos los hombres.

Eusebio consigue el cometido de dejar a Henriquito, al día siguiente, en un cuarto aparte. Persuadióse Leocadia, más que por las razones de su marido, por sus tiernas persuasiones. Leocadia, que no había dormido varias noches seguidas, se quedó dormida. Al día siguiente, temiendo por Henriquito, se levanta presta para darle pecho, pero cuál fue

⁷³ Cuando menos se catan: cuando menos se lo imaginan o piensan.

su sorpresa al encontrar a Henriquito dormido, por lo que ésta corrió a comunicar la tan alegre noticia a Eusebio. Procuró igualmente Leocadia no besarlo ni acariciarlo, sino hasta después de haber mamado; gracias a estas medidas se fueron agotando poco a poco sus lloros, por lo mismo que entendió Henriquito que no era ído ni atendido, esto es que sus esfuerzos por llamar la atención eran inútiles.

¿Qué hacen los niños en los brazos de sus madres o de sus amas? Tenerlas ociosas todo el día y contraer sus defectuosos ejemplos. ¿Pero los niños han de estar siempre tendidos en la cuna? Eusebio, para precaver uno y otro, mandó hacer un asiento cómodo en que podía mover libremente pies y brazos, y desocuparse sin suciedad, donde pasaba las horas del día, fuera de los pocos ratos que lo tenía en sus brazos la cariñosa madre; ni veía a otras personas que sus padres. El mismo cuarto que le destinaron no tenía ningún mueble; las paredes quedaban enteramente desnudas, donde Henriquito podía tender los ojos a su satisfacción.⁷⁵

Una buena crianza debe evitar los extremos, procurando en todo el punto medio, en este caso entre la poca movilidad de la cuna y el constante ajeteo en las manos de las criadas o amas. Obsérvese también el ‘desocuparse sin suciedad’, lo cual revela una preocupación por la higiene. El cuarto no tenía ningún mueble para acostumbrar a Henriquito a la humildad y la austeridad.

A poco tiempo de esta práctica, tan cómoda para los padres aunque pueda parecer extravagante y austera, experimentó Leocadia el efecto de las persuasiones de Eusebio. Cuantas menos especies y objetos se imprimían en la fantasía de Henriquito, tanto menos afectos y deseos debían engendrar en su corazón. Su alma, acostumbrándose insensiblemente a aquella especie de desamparo, se amoldaba a la necesidad, al silencio y a la quietud a que le sujetaban. Pero de este modo el niño tardará a hablar y se hará estúpido y alelado. Queda a cargo de sus padres el que así no sea, mientras trabajan en sofocar en su ánimo los sentimientos de imperio, de cólera y de obstinación. Estos se manifiestan en los niños antes que puedan declararlos con las palabras; ni hablan sino al paso que se perfecciona la organización y que se aclara su memoria y entendimiento, para recibir en ellos las especies, signos y voces por medio de los sentidos.⁷⁶

⁷⁴ Montengón. *Eusebio*, p. 955-958.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 960.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 960-961.

El alma del niño se moldea de acuerdo a las percepciones que recibe a través de los sentidos; es como una *tabula rasa*, es decir una tablilla de cera donde las impresiones infantiles dejan huellas que durarán toda la vida.

A raíz de dejar a Henriquito solo en un cuarto, Leocadia y Eusebio tuvieron mucho tiempo de ocio, el cual aprovecharon dedicándose al trabajo y al estudio de la sabiduría, proporcionándoles dulce paz y tranquilidad. “Ahora el pequeño Henrique les daba otra nueva ocupación, interesante y gustosa para el amor paterno, que la mira como la más propia y esencial, como la miraba Eusebio, que estudiaba en amoldar su hijo a la virtud desde la cuna, impidiendo que se arraigasen en su ánimo los siniestros de las pasiones.”⁷⁷

Para Montengón, siguiendo estándares clásicos, la virtud procede del hombre, como señala su etimología latina (*vir*); Leocadia es virtuosa porque es persuadida de la razón en el proceder virtuoso de su marido; el padre tiene pues una doble tarea: persuadir a su esposa de que obra en pos del bienestar de su hijo, y educar a éste desde la cuna en las máximas de la virtud. En otras palabras, los cuidados físicos competen a la madre, mientras que el cuidado del alma (amoldamiento en la virtud) es tarea del padre. Ambos son complementarios y necesarios en una buena educación; sin embargo, es evidente que para Montengón la labor del padre es jerárquicamente superior a la de la madre

Una de las pruebas que quiso hacer Eusebio para ver qué efecto producía en su hijo el sistema de crianza que había comenzado a practicar con él, fue el privarlo de repente de la luz del sol y dejarlo a oscuras, para ver si daba alguna muestra de resentimiento. Henriquito se hallaba ya colocado por su madre en el asiento junto a la cuna. Eusebio cierra las ventanas de un golpe y sale con Leocadia del cuarto, cuya puerta cerró también, y quedan junto a ella para ver si lloraba el niño. No oyéndolo chistar, pónense a hablar recio, de modo que pudiesen ser oídos, pero Henriquito no bullía. Quería contentarse la madre con esta prueba. Eusebio insistió en diferirla por media hora, y se alejan del cuarto.

Al tiempo prefijado, vuelven; se ponen a escuchar a la puerta, y no oyéndolo resollar, entran otra vez en el cuarto. Eusebio abre la ventana y poniendo entrambos los ojos en su hijo, lo ven sonreírse con tan amable bondad y mansedumbre, que le hubieran dado mil besos si no se contuvieran en fuerza de la ley que se impusieron de no acariciarlo por ninguna vía. Holgóse Eusebio de esta experiencia, que le daba pruebas de la conformidad e indiferencia que manifestaba aquella tierna alma, así al horror de las tinieblas como a la claridad de la luz; sin

⁷⁷ *Ibid.*, p. 961.

que echase menos en la oscuridad la presencia de objetos sensibles, ni aun la de sus mismos padres a quienes sólo conocía.⁷⁸

Para Montengón el temor a la oscuridad, que parece tan natural, en realidad se crea en los primeros meses de infancia, debido a la asociación en el alma del niño entre la luz y el cariño de sus padres por un lado, y la oscuridad y la privación de éste por el otro. Cualquier parecido con la teoría psicoanalítica no es mera coincidencia, pues como vemos en esta época se dan los primeros pasos, empezando por reconocer a la infancia como una etapa compleja que requiere la atención de los padres y de la sociedad en general.

Si con todo lo oían llorar algunas veces, Leocadia acudía a desnudarlo para ver si descubría la causa en sus carnes y pañales, o a darle el pecho si lo quería. Si hecho esto, continuaba en llorar sin verse señal de mal ni causa de ello, en vez de detenerse para acallarlo con cariñosas demostraciones, lo dejaba llorar a solas a pesar de su tierno amor; hasta que cansado él mismo, no teniendo ningún objeto que le fomentase el llanto, callaba. Del mismo modo se comportaban con él cuando comenzaron a despuntarle los dientes, cuya violenta erupción, causando dolor a los niños, los tiene comúnmente malhumorados y llorones. Henriquito hasta entonces no había llevado ningún dije. Un sequillito⁷⁹ de masa, sin azúcar, que le ponía la madre en la mano, era entonces su solo entretenimiento y alivio del denticio, cuyo prurito templaba la dureza de la masa cocida, ablandada de la saliva, sin daño de las encías, facilitando al mismo tiempo el despunte.⁸⁰

Aunque parezca increíble para el hombre contemporáneo, el motivo por el cual los niños se llevan objetos a la boca permaneció ignorado hasta el siglo XVIII; Locke, por ejemplo, no lo menciona en sus *Pensamientos sobre la educación* (1693)⁸¹. Es con el avance de la ciencia médica, en este caso de la odontología, que fueron descubriéndose todos estos procesos físicos y psicológicos del ser humano.

La naturaleza da al hombre los dientes para mascar; con ellos parece que indica el tiempo de destetar a los niños. Para entonces reservaba Eusebio otro sistema de crianza de su hijo, que era apartarlo de sus padres y enviarlo a criar al campo, cuyos aires más puros fortaleciesen su salud y en donde sus sentidos, lejos de los ejemplos e imágenes de la riqueza y de las comodidades,

⁷⁸ *Ibid.*, p. 961-962.

⁷⁹ Sequillo: dulce hecho de masa cocida.

⁸⁰ Montengón. *Eusebio*, p. 962.

se acostumbrasen a la sencillez y libertad campesina y a su frugalidad. Había significado Eusebio sus intenciones a Leocadia, la cual no pareció desaprobárselas. Pero cuando llegó el tiempo de ponerlas en ejecución, no sabía si podía resolverse a ello. ¿Privarse de su hijo para enviarlo al campo, encomendado a una labradora, cuyo cuidado se ceñiría al que pudiera tener la misma de sus hijos, a quienes dejan crecer al sol y arrastrar por el suelo?⁸²

Era común en la época que los niños, una vez cumplidos seis o siete años, se enviaran a la Corte o bien con familiares para educarlos; esta costumbre se busca suplantar por una estancia en el campo.

Así, en el siglo XVIII, este sistema de crianza era mucho menos descabellado de lo que parecería a un lector moderno habitante de una gran urbe, debido a la razón susodicha por un lado, y por otro a que la distancia cultural entre el campo y la ciudad no era tan abismal como ahora; frecuente era, por ejemplo, que los campesinos y ganaderos acudieran a las urbes a vender sus productos (citemos por ejemplo la gran importancia que adquirió La Mesta en España). La base de la economía española, además de los metales de Indias, era la agricultura y la ganadería.

Por otra parte, la nostalgia por una vida pastoril despreocupada, sencilla y alegre, lejos de los vicios del mundo y sus tribulaciones, hace que la Corte se vista con trajes aldeanos y se deleite en ponerle la cola al burro o en jugar al pelele, como muestran espléndidamente las pinturas de Goya.

Montengón defiende, a través de su personaje Eusebio, los convenientes de la crianza de los hijos en el campo, idealizando (como era común en la época) esta Arcadia bucólica:

¿Qué costumbres y modales aprendería el niño con el ejemplo de los otros hijos de los labradores? Como ellos se haría rústico y atezado y desconocería a sus padres, después de tantos esmeros y cuidados empleados en su crianza. Estas y otras semejantes eran las quejas de Leocadia con que ella se oponía a la resolución de Eusebio de enviar a criar al campo a su hijo. Pero como Eusebio no quería conseguir cosa ninguna de ella con el imperio y con la autoridad, sino con la persuasión, le habló de esta manera:

Siempre temí, Leocadia, que la determinación de enviar al campo al niño os había de parecer extravagante y que repugnaríais a ella, como repugnábais al método de tener alejado al mismo de nuestro cuarto y presencia. Mas no podéis negar el manifiesto fruto que sacamos: yo de mi

⁸¹ *Vid. infra*, bibliografía.

⁸² Montengón. *Eusebio*, p. 962-963.

persuasión, vos del vencimiento de vuestro amor, condescendiendo a un método y sistema de crianza que os parecía entonces más extravagante tal vez que el que ahora os propongo de enviarlo al campo. Así en aquél como en éste, si hubiera de haber consultado a mi amor y cariño, sus votos hubieran sido contrarios. Privarse de lo que se ama cuesta al corazón, mucho más al paterno, cuyos deseos y afectos parece que autoriza por todas vías la naturaleza.⁸³

Según Montengón, la naturaleza autoriza más al amor paterno que al materno porque el primero está guiado por la razón, y por tanto orientado a la virtud, mientras que al segundo lo conduce la pasión, en especial las necesidades emotivas de la madre, por lo que está encaminado al vicio. Lo que determina en última instancia el ser benéfico o maléfico al infante, es que el amor paterno tiende a la moderación, mientras que el materno propende al exceso, y por tanto al desequilibrio de los humores y a la enfermedad.

Por esto no me maravillo que haya tantos padres que, engañados de las razones de su afecto, sean tan condescendientes y fáciles para con sus hijos, hasta fomentar sus más ridículos caprichos y pasiones. Podéis imaginaros si amo a par de vos al niño. Mas ese mismo amor fuera vicioso, si en vez de mirar por su bien, atendiera sólo a complacerme a mí y a satisfacer mi contento en daño del mismo.

LEOC. ¿Pero con todas vuestras luces, qué daños podéis descubrir en continuar a criarlo en casa, ni qué bienes se le pueden seguir haciéndolo criar en el campo?

EUS. Sabéis, Leocadia, que no me regulo⁸⁴ por antojo. Cualquiera que sean mis luces, en tanto me dejo regir de ellas, en cuanto me muestran la virtud, por regla y toque de mi obrar, fundando en ella mis máximas, me prometo de caminar seguro. Como coloco mi mayor bien y dicha en la virtud, como la colocan todos los sabios, así creo que no puedo dejar mayor bien al niño que la misma; mas no se la podré dejar si por todas vías no impido que nazcan en su corazón los estorbos de las pasiones que hacen difícil su adquisición. Este fue el motivo porque os aconsejé a dejarlo en el aparente abandono en que hasta ahora lo hemos tenido. Mas ahora, no haciéndose ya necesaria vuestra asistencia habiéndolo destetado, ni sufriendo tampoco su creciente edad esa prisión a que obligamos su muda infancia, debemos temer que se pierda el fruto que conseguimos de su estrecha reclusión.

Salido de ella, debe ver los criados, debe ser manejado de los mismos. A poco tiempo conocerá que le son criados que se emplean en servirlo; ni se holgará de ser sólo servido, sino que también querrá que lo sirvan y los mandará con imperio, cuando no con las palabras, con las señas y con los gritos. Ved aquí el primer origen de la vanidad y de la soberbia. Con todo,

⁸³ *Ibid.*, p. 963.

⁸⁴ No me regulo: no me someto a reglas.

dado caso que su alma, amoldada a la paciencia y mansedumbre a que lo acostumbramos, no manifieste, o tarde a manifestar tales sentimientos, verá necesariamente mil objetos que le excitarán otros tantos deseos y antojos, que querrá le sean satisfechos; conocerá por ellos, a lo menos, que nació en el seno de la riqueza y abundancia, las cuales le engendrarán aborrecimiento y desprecio de la pobreza, o le fomentarán una oculta satisfacción, origen de la altivez que le hará ver que puede pasar sin trabajo de sus manos y sin sudores, en una vida holgada.

Por más que demos instrucciones a los criados sobre el modo de comportarse con él, no será posible evitar mil condescendencias y facilidades por parte de los mismos a fin de contentarlo o de complacerlo en cosas que, siendo opuestas a nuestra voluntad y designios, le granjearán la perniciosa confianza de aquéllos y el odioso recelo de sus padres, a quienes perderá la ternura del afecto, y en vez de ella, los mirará con temor. Este no tardará a despertar la malicia, que le enseñará el fraude y la trampa, engendradora de mil siniestros afectos y de la ruindad del corazón, y si llega a este estado, perdimos el fruto de tantos esmeros, y el niño el de su educación. Vanos serán entonces los más santos consejos; la despierta malicia no cierra ya más los ojos en el corazón del hombre.⁸⁵

Los criados ya no son la familia extensa que eran en el Barroco; ahora se les ve con recelo, como empleados ligados al señor de la casa únicamente por un pacto laboral. Se reputan con costumbres viciosas que pueden perjudicar al niño mediante la imitación de dichas costumbres. Una cosa se estima la más dañina: que son gente supersticiosa, y como tal pueden infectar la mente del niño con cuentos de fantasmas, duendes y trasgos, relatos absurdos bajo la mentalidad ilustrada por no apoyarse en la evidencia empírica.

Por más que Montengón pretenda fundar su filosofía moral allende la teología, las reminiscencias de ella son irrecusables; la idea de que cuando el vicio se apodera del corazón del hombre no hay marcha atrás, halla su eco en la historia de la pérdida de la pureza espiritual por parte de Adán y Eva, al probar del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Ved por qué son tan raros los padres que tengan la fortuna de complacerse en la bondad y en las buenas inclinaciones de los hijos. Abandonan su infancia al choque continuo de los ejemplos y objetos que tuercen su genio y sentimientos, esperando que sean ya crecidos para enderezarlos. Entonces se quejan y maldicen, no de su descuido y de sus condescendencias, sino de la dureza que no pueden ablandar con riesgos tardíos ni enderezar con la fuerza de las

máximas más sagradas. Tanto importa, Leocadia, la educación de la infancia. Los niños tiernos no son susceptibles de doctrina ni de consejos. Tampoco debe ser ésta su educación: no se trata entonces de encaminarlos al bien que no conocen ni pueden conocer; más bien sí de alejar de ellos el mal que pueden y que indefectiblemente contraen sin las precauciones que nosotros tomamos y sin la nueva que quisiera tomar de enviarlo al campo.⁸⁶

Los niños pequeños no son susceptibles de doctrina ni de consejos porque no les ha amanecido aún las luces de la razón, o no las tienen afianzadas; es decir, que no son capaces de distinguir el bien y el mal, la virtud y el vicio, por lo que toda doctrina, por más justa y sabia que sea, no consigue germinar en el niño. De ahí la insistencia del ejemplo, remedio el más eficaz para suplir esta razón ausente o mal cimentada.

Para persuadiros de la utilidad de este método de educación, no basta que os haya dado una corta idea de los daños que se le pueden seguir de tenerlo en casa, si no os hago también ver el provecho que le puede redundar de alejarlo de ella y de tenerlo en el campo. Este, Leocadia, es el primer asiento del hombre. La naturaleza no edificó ciudades, donde los hombres, reducidos en sociedad, se apartaron de sus primitivas leyes y estragaron su ser. A fuerza de pulirse se corrompieron. Sus mejores instituciones no hicieron sino avivar más sus pasiones, que engendraron todos los vicios. Lejos de encontrar la dicha en el concurso y afluencia de sus semejantes, agravaron sus males y desazones. Las riquezas mismas acrecentaron su pobreza y sirvieron de preciosas cadenas a su esclavitud, así pública como privada.⁸⁷

El campo es aquí una metáfora del jardín del Edén; la vida en sociedad lo es del pecado original. Una vez que el hombre se hizo sedentario no hubo marcha atrás; la primitiva pureza se convirtió en un nido de vicios y desazones; su alma fue esclava de sus pasiones, tanto en su vida privada como en la pública.

A la primitiva simplicidad y llaneza que se ceñía a los bienes que el campo producía, sustituyeron la codicia y la ambición, que les acarrearón toda especie de calamidades. Los pueblos quisieron dilatar su imperio y señorío con las armas; los particulares levantarse sobre los demás con la fuerza, y cuando no, con la pretensión. Huyó la paz y la tranquilidad de la tierra y de los corazones de los mortales, hechos juguetes de los caprichos de sus príncipes, y

⁸⁵ Montengón. *Eusebio*, p. 963-965.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 965.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 965-966.

mucho más de los estragados sentimientos de sus turbulentas pasiones, que los hacen tanto más infelices cuanto más aspiran a su imaginaria felicidad.⁸⁸

He aquí el germen de una idea que florecería en el siglo XIX: la ontogenia recapitula la filogenia; es decir, que la vida de un individuo es semejante al desarrollo de la especie humana. Siguiendo el susodicho ejemplo, el hombre nómada es semejante a un niño porque es ingenuo y feliz, no tomando de su medio más que lo necesario para satisfacer sus necesidades, lo que constituye el tópico del buen salvaje. Todo lo ve con sorpresa, y no se cansa de experimentar con el mundo que lo rodea. Al volverse sedentario (aparición del vicio en el niño, afianzamiento de su razón) los conflictos surgen por doquier al querer satisfacer su voluntad con la violencia, es decir, pasando sobre la voluntad de los otros hombres. La libertad del alma se equipara pues con la virtud y con el niño en la cuna; la esclavitud del alma, con los vicios y la vida del hombre en las ciudades.

En medio de sus vanas ansias, aunque reputan ilusión la edad dorada, sonríen sus almas, aquejadas de sus engañosos deseos, a la deliciosa imagen de aquella dichosa vida, que les traza la que llevan los habitantes de los campos; mas si éstos, corrompidos también de los ejemplos de las ciudades, no la verifican, ¿quién duda que pueda el sabio hacer real y verdadera esta dichosa vida? ¿Qué se hallará tanto más gustoso y contento en ella, aquel a quien acostumbren a llevarla desde la infancia?

A pesar de los alicientes e incentivos del lujo y de la vanidad, ¿quién hay que, desde el seno de sus riquezas y comodidades y desde las macizas torres de sus palacios, no vuelva con suave complacencia los ojos a la frondosidad de los campos? ¿Que no sienta alborozarse su alma a vista de su amenidad y verdura? ¿Que no envidie aquellos que disfrutan sin zozobras y cuidados la paz que reina entre sus deliciosas sombras? Parece que la tierra lo convida con su quieto y plácido silencio para que vaya a gozar los bienes que ella dio a probar al hombre inocente, y que le promete reservarle a él, en caso que la fortuna lo derribe del dorado asiento en que el lujo, la ambición y las riquezas le hacen preferir una vida turbulenta, a la dulce y tranquila que ella le daría si supiese apreciarla.⁸⁹

El que era mejor vivir en el campo que en la ciudad, constituía un tópico muy difundido en la España de Carlos III; para demostrarlo, basta recordar la fábula de Samaniego sobre el ratón de campo y el ratón de ciudad. Es mejor vivir tranquilo porque el alma aprecia más la

⁸⁸ *Ibid.*, p. 966.

paz y se empeña en la virtud; además, la tranquilidad acarrea la salud, al propiciar el equilibrio de los humores. El orden del mundo rural es mejor, en última instancia, porque sigue los designios de la Naturaleza, el orden natural de las cosas.

Estos diréis que son bienes muy generales para que puedan convenir al niño, pero establecida esta utilidad general, vengamos a las particulares y que tocan a la crianza de Henriquito. No quiero poner, en primer lugar, las molestias, afanes y cuidados de que nos libramos teniéndolo en el campo. Nuestro amor y ternura, no reputando tales nuestras principales obligaciones, desdeñaría evitarlas con tal desnaturado expediente. Mas éste muda de especie, dándole, no solamente un útil fin, sino también costando el sacrificio de nuestro amor que, en vez de querer eximirse de los desvelos y afanes de la crianza del niño, abrazaría con gusto otros mayores, como lo manifiesta la repugnancia que tenéis en condescender con lo que os propongo.

LEOC. Es así, Eusebio, y difícilmente lo recabaréis de mi voluntad: no puedo inducirme a ello.

EUS. Pues yo no veo otro arbitrio para prevenir las siniestras inclinaciones y sentimientos del niño y para disponer su ánimo a la virtud. Mas puesto que haya de costar tanto vuestra condescendencia, desistiré de mi empeño. Nada quiero recabar de mi esposa con imperio, ni usar de los derechos de mi autoridad a costa de vuestro manifiesto disgusto. Sufrid sólo, amada Leocadia, que insinúe algunos de los bienes que le pueden redundar al niño por acostumbrar sus primeros pasos a la vida campesina. Si vista la patente utilidad, persistís en vuestra declarada opinión, rendiré a ella mi juicio: reputaré mi método ridículo y, como tal, lo abandonaré, ni se hablará más de la materia; tendréis a Henriquito en casa.

LEOC. Siempre me toca ceder a vuestra generosa bondad, Eusebio. Con ella prevenís de tal modo mi repugnancia que le quitáis la mayor parte del sentimiento; ni dudo que rendiréis enteramente mi amor si lo convencéis con el provecho del niño, que comienza a preponderar en mi pecho, en cotejo de la complacencia que tendría de criarlo por mí misma en casa.⁹⁰

El poder de la razón es más grande que el poder de la autoridad, pues se basa en el convencimiento y no en la fuerza. Al convencer Eusebio a su esposa por la primera vía y no por la segunda, gana además un acrecentamiento de su amor y un afianzamiento de su relación conyugal; la fuerza, en cambio, engendra una adisgusta subyugación. Esto es aplicable también a un nivel social. La Ilustración, por tanto, busca persuadir mediante la razón empírica, no imponer una ideología.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 966-967.

Se colige que, para Montengón, la esposa tiende a ver por su egoísta complacencia de la compañía de su hijo, en lugar del bienestar de éste, cegadas por la poderosa pasión del amor materno. El hombre, en cambio, tiende a ser altruísta, es decir a procurar el bienestar del niño a costa de su placer personal.

EUS. Volveré, pues, a tomar el hilo del discurso que comencé, cuando no quise poner en el primer lugar de los bienes que se le seguirían al niño por criarlo en el campo, el de los cuidados y afanes de que nos exentaríamos, teniéndolo lejos de nuestros ojos. Oísteis que este motivo perdía de su odiosidad, dirigiéndolo al provecho del niño y sacrificándole la complacencia que tendríamos de criarlo a nuestra vista. Añadid a esto la mayor robustez y vigor que adquirirá su complexión y su salud creciendo al aire libre y sano del campo; la mayor soltura y denuedo de sus miembros, moviéndose a su grado y tomando todas las posturas que se le antojen, sea en el duro suelo o sobre la mullida yerba, sin que se lo estorben los delicados temores de sus padres, ni el rico o aseado vestido, acostumbándose al pobre sayo del labrador y a sus sencillos manjares.

De aquí se le seguirá que su alma no concebirá ninguna idea de lujo, de ostentación y de grandeza, ni los deseos de hacer alarde de ella si le falta, ni la vanidad y altivez que le engendrará, si conoce que se halla en ella. Tales sentimientos, una vez nacidos en el corazón, crecen y sojuzgan al alma toda la vida y son el continuo tormento interior del hombre, ora se deje llevar de ellos, ora quiera tenerlos en freno y combatidos. Verdad es que, aunque el niño pase su edad pueril en el campo, sentirá tal vez aquellos mismos afectos, luego que se presenten a sus ojos los ejemplos de la sociedad que los producen; pero podrá tal vez no sentirlos, imprimiendo antes en su mente las máximas de la moderación, de la modestia y de la templanza, luego que su alma esté en estado de recibirlos. Si con todo eso la ambición y vanidad acometiesen su ánimo, harán en él mucha menor impresión y, prevenido de los consejos de la sabiduría, podrá sobreponerse a ellas y mirarlas con desprecio.⁹¹

El ejercicio físico mantendrá fuertes los músculos de Henriquito, y su alma aplicada a las labores propias del campo, por lo que será más difícil que engendren en ella las semillas de los vicios. Se mantendrá cerca del estado prístino del hombre, próximo a los ideales de pureza, bondad y justicia que establecen las leyes naturales.

La primera lección que reciben los niños y la más indeleble no es la que oyen de la boca de sus padres y maestros, sino de las cosas materiales y visibles que se imprimen por sus ojos en el

⁹⁰ *Ibid.*, p. 967-968.

ánimo. Ni esta lección la reciben en lo bueno, sino en lo malo. Los ejemplos de la virtud son muy humildes y modestos para que se atraigan sus ojos. Los de la ambición y vanidad son viva impresión en los mismos. Conviene, pues, quitárselos de delante; mas como esto es imposible e impracticable en las ciudades y en las mismas casas paternas, se consigue fácilmente enviándolos a criar al campo, donde a más de no tener ejemplos que los irriten, contraen también insensiblemente la modestia y la moderación, que manifiestan en su exterior inocente y encogido, que un ciudadano altivo y desvanecido podrá llamar estúpido, pero que no lo será, luego que una instrucción sabia llegue a tiempo de corregir tales defectos.⁹²

Una vez afianzada la templanza en su alma gracias a los trabajos del campo y la contemplación de la Naturaleza, podrá entonces dedicarse a las letras e inmiscuirse en el mundo de los hombres, fortalecido contra los caprichos de la fortuna y la pléyade de vicios y desazones que permean de principio a fin a la vida urbana. Primero es educar en la virtud, luego instruir en las diversas ciencias útiles al hombre.

Esto me trae a la memoria las otras objeciones que hicisteis contra la crianza de que trato; es a saber, que el niño contraería las rústicas costumbres de los labradores, que se volvería atezado y que desconocería a sus padres. Mas yo no pretendo que el niño sea toda su vida labrador, sino que lo sea hasta su mocedad y hasta que haya aprendido la labranza. Esta debiera ser el empleo de todos los hombres; ella será el primero de nuestro hijo, como el campo será su primera escuela. Salga el que quiera y muestre si hay colegio o seminario en la tierra más útil y provechoso para el hombre: en él no aprenderá a la verdad las fútiles artes y ciencias que en aquéllos se enseñan, pero tampoco se le pegarán los más funestos vicios de la juventud. Ni se le instruirá en atiesar las piernas, para que sepa formar con ellas bailes caballerescos. Al sabio, ¿qué le importan todas estas ridículas instituciones? Se avergonzará ejercitarlas.⁹³

Lo que aquí se critica son las fórmulas de cortesía y la moral del Barroco; para ellas, lo esencial era mantener una fachada virtuosa ante la sociedad, aunque en la vida privada se cometiesen actos pecaminosos e ilícitos. Un acto malo era menos malo si no se hacía público, pues así no comprometía la honra (reputación) de las personas implicadas. La Ilustración da un giro al respecto, pues lo que importa ahora es la intimidad. Si el pequeño Henrique adopta las rústicas costumbres de los labradores, vale; que viste pobre, sucio y

⁹¹ *Ibid.*, p. 968-969.

⁹² *Ibid.*, p. 969.

⁹³ *Ibid.*, p. 969-970.

desaliñado, vale; lo que importa es que su alma resplandezca con las luces de la virtud, adoptando como máximas la moderación, la justicia, la humildad, la templanza y la honradez.

Pero sabrá el arte más esencial, de cuyo respetable ejercicio se gloriaban los más ilustres cónsules romanos, y desde el comenzado surco desdeñará aceptar el oro de Pirro⁹⁴ y las insignias del consulado. Con él aprenderá a mirar con igual indiferencia los favores y reveses de la fortuna, a quien podrá decir desde el árbol que poda, o desde el frutal que ingiere⁹⁵: “Nada tienes ya que ver conmigo, oh fortuna; me sobrepuse a tus caprichos e inconstancia; tengo asegurada mi subsistencia. A cualquiera parte de la tierra que se te antoje arrojarme, donde quiera hallarán mis robustos brazos seguro y honesto empleo, sin que necesite de abatirme a viles ruegos ante tus estatuas, mendigando tus favores, y mucho menos los de aquellos a quienes levantas. Hízome la virtud superior a todos ellos, y la labranza a todos sus honores y pasadas glorias.”⁹⁶

La templanza o moderación es entonces, para Montengón, la virtud más importante, pues mediante su ejercicio la razón somete a los deseos, impidiendo entonces que germinen los vicios. Por otra parte señala que es importante que se le enseñe al niño un oficio, pues así le será siempre posible mantenerse con la fuerza de sus brazos, no importando el lugar que le depare la fortuna.

¿Qué importa entonces, Leocadia, que salga nuestro Henrique atezado del campo en que se crió? Las mujeres pueden poner aprecio a la blancura del rostro, ¿pero quién estima al hombre por el color? Generalmente los españoles son atezados; tales a lo menos los creen los otros europeos, ¿son por eso menos apreciados que los blancos alemanes? ¿Cuántos hijos de grandes nacen y crecen atezados sin haber visto el campo, aunque los defienden del aire y de los soles en dorados gabinetes? Veréis a muchos labradores más blancos que muchos ciudadanos que no manejaron jamás arado. Podrá tal vez Henrique verificar sin tan gran daño vuestros temores, pero puede también desmentirlos, como hará también vano el otro temor que fomentáis de que desconozca a sus padres.

Ningún niño ama a sus padres porque le son padres. Para ello debiera tener conocimiento que le son tales. Pero los niños, ni lo tienen ni pueden tenerlo. Aman a la madre porque les da el pecho, como aman a las amas que se lo dan. Sólo forman aprecio a la asistencia que les prestan

⁹⁴ Rey del Epiro, poderoso y famoso por sus riquezas.

⁹⁵ Ingiere: injerta.

⁹⁶ Montengón. *Eusebio*, p. 970.

y a las caricias que les hacen, aunque las reciban de extraños; ninguna idea tienen de la paternidad. No por eso amarán y respetarán menos a los que les dieron el ser, aunque no los vean ni reconozcan sino adultos y crecidos. Tal vez entonces los aman y respetan con más intenso respeto y amor, porque la naturaleza imprime de un golpe en su ánimo y conocimiento toda la fuerza de su obligación; como también porque, no habiéndose familiarizado con sus padres desde niños, ni salido con sus antojos, por efecto de la paterna condescendencia, no tienen motivo de altivez y de arrogancia para despreciarlos y desatenderlos, como los desatienden y desprecian los hijos mal criados y protervos.⁹⁷

La maldad proviene de las pasiones sin freno; en el caso de los niños, de los caprichos a los que los padres condescienden frecuentemente. Cuando el niño no consigue su capricho, llora, grita y patalea, llegando a cometer cualquier atropello con tal de obtenerlo.

La bondad, en cambio, proviene de la templanza, es decir del control de las pasiones a través de la razón.

¿Debió respetar y amar menos el hijo de Mérope a su real madre, cuando sólo supo que lo era debajo de la segur⁹⁸, con que la misma sin conocerlo iba a sacrificarlo?⁹⁹ ¿Cuántos casos semejantes nos ofrecen las historias? Ninguno de ellos habremos de renovar en Henriquito; podréis ir a verlo cuando queráis y complaceros con su vista, pues hago cuenta de darlo a criar a Isabel Humbels en la nueva granja vecina a Filadelfia.

Lo que el autor nos quiere dar a entender es que los padres deben procurar dar al niño lo que realmente necesita, y evitar cumplirle los caprichos; pero como no siempre es sencillo distinguir uno de otro, o no siempre tienen los padres la entereza de ánimo necesaria para hacerlo, lo mejor será que se críe en el campo, donde sus padres lo frecuentarán para fomentar en su ánimo el afecto que les merece.

Con las susodichas razones consigue Eusebio, por fin, convencer a su testaruda esposa Leocadia.

Por último cabe mencionar, como dato curioso, que Eusebio y Leocadia procuraron contagiar a Henriquito con viruelas, haciéndolo dormir con otro niño que las tuviese

⁹⁷ *Ibid.*, p. 970-971.

⁹⁸ Segur: hacha grande para cortar.

⁹⁹ Es posible que Montengón haya tomado este pasaje de la tragedia *Merope* (Venecia, 1714), del escritor y crítico de arte italiano Francesco Scipione, marqués de Maffei (Verona, 1675 – *ibid.*, 1755).

benignas, con el motivo de prevenir una posible muerte si el contagio lo sufriese en su edad adulta.

Segunda infancia: de los 5 a los 11 años

Para fray Martín Sarmiento, hay dos formas de enseñar: el *Theo-didactus* ('el que es enseñado por Dios', por ejemplo San Agustín de Hipona) y el *auto-didactus* ('el que es enseñado por sí mismo'). La enseñanza ideal es la primera; sin embargo, dado que la mayoría de los mortales no puede optar a ella, lo mejor será poner los esfuerzos en la segunda.

Este método auto-didacta, si quiere rendir sus mayores frutos, debe comenzar en la juventud. 'La vasija conserva largo tiempo el perfume del licor que primero ha contenido' (Horacio, *Epístolas*, I, 69). Cada uno ha de formar su propio método, y es mal necesario que sigan el del maestro hasta que puedan conformar el suyo propio. Entiéndase 'método' en su sentido etimológico, esto es como 'camino bebe' o 'atajo', en este caso para adquirir conocimientos.

A los cuatro o cinco años de edad los niños deben comenzar a hablar; al respecto, los padres deberán enseñarles a deletrear por sílabas del siguiente modo: deberán señalarles objetos a los niños y decirle cómo se llaman, dos o tres veces en forma lenta y clara, procurando que el niño lo repita; primeramente se les enseñará a deletrear cosas visibles, que Dios ha creado, para después pasar muy lentamente a las cosas visibles que los hombres han creado. Ejemplo del primer tipo: a-gua, pa-to, ár-bol; del segundo tipo: coche, pa-la, si-lla. En cuanto a las cosas sensitivas creadas por Dios, se dividirán los términos en tres reinos: sensitivo (animal), vegetal y mineral, y se procederá a formar un onomástico, es decir la división del vocabulario por temas, el cual el niño podrá consultar en caso de olvido. El objetivo de este método es enseñarles ideas físicas, reales y visibles, no entes abstractos y racionales. Es decir que lo primero que debe pintarse en la *tabula rasa* infantil son los objetos naturales sensibles, base de las ciencias y las artes, mediante el ejercicio de sus sentidos exteriores.

De los seis a los doce años, es menester fecundar en el niño las semillas de la racionalidad. Para ello debe seguirse el método matemático y no el escolástico; método

matemático, para Sarmiento, es el basado en el μαθημα, es decir el ‘conocimiento’; y como sólo podemos tener conocimiento de los cuerpos sensibles de la naturaleza, ergo el método matemático es equivalente al método natural, es decir el método empírico racional basado en la observación de la naturaleza, para de allí extraer leyes universales justas y buenas.

En el momento en que el niño haya afianzado estos conocimientos, se procederá con mucha cautela a enseñarle sobre las cosas invisibles creadas por Dios, y sobre asuntos de religión; es decir, se procederá a transmitir la fe. Para Sarmiento, fe y razón era como el agua y el aceite: según él, sólo podemos concebir racionalmente los cuerpos, no lo espiritual. No obstante se declara un católico convencido, afirmando por ejemplo que “no ay [sic] libro más antiguo, más auténtico, más erudito, más precioso que la *Biblia*.”¹⁰⁰ Para enseñarles a los niños las cosas espirituales, lo mejor será usar pinturas, pues a través de su contemplación podrá el niño captar los asuntos teológicos de forma mucho más sencilla que a través de un sermón en el púlpito o de un escrito de fe (esto se retoma de la religiosidad del Barroco).

Critica el elevado número de asistentes a las aulas de Gramática, el cual solía ser de 500 estudiantes.¹⁰¹ Es por ello, y porque los maestros de párvulos no tenían vocación ni preparación, que los niños *felices ingenio, infeliciter discunt*.¹⁰² Si los maestros *infeliciter docent*, ‘enseñan infelizmente’, sólo cabe esperar que los niños aprendan infelizmente, lo cual es, según Sarmiento, el origen de la cadena de infelicidades que padece España.

Critica igualmente la costumbre de enviar a niños pequeños a otro país a aprender una lengua foránea, cuando apenas balbucean la materna. Para aprender latín, el mejor lugar es España; el gallego, según Sarmiento, es de los idiomas ibéricos el que conserva más puras sus raíces latinas, por no estar contaminada con pegotes de voces moriscas, ni de suevos ni de godos; considera a los gallegos como los sucesores de los romanos en la Península. Por tanto, lo más conveniente es que a los gallegos se les instruya primeramente en gallego, para poder después aprender, mucho más fácilmente que los castellanos y demás naciones

¹⁰⁰ Sarmiento. *Op. cit.*, p. 147.

¹⁰¹ Los estudios de Gramática, ordenados alrededor del dominio oral y escrito de la lengua latina, eran necesarios para poder ingresar en una universidad.

¹⁰² Traducción: ‘felices en ingenio, aprenden infelizmente’.

hispanas, el latín. En fin, plantea una educación trilingüe en gallego (lengua materna), castellano (lengua común) y latín (lengua científica).

Deben buscarse doctores (es decir, hombres sabios) no sólo para las universidades, también para enseñar en el nivel rudimentario; además, no deberá educarse a los niños con castigos y rigores, sino con halagos, cariños, premios y emulación. Dice Sarmiento: “No sé con qué *conciencia* se castigan los niños, porque no saben *aprender*: y jamás se *castigan* los *maestros* porque no saben enseñar.”¹⁰³

El maestro deberá ser un docto quincuagenario, y enseñar de tres a nueve niños solamente, para tener el tiempo suficiente de corregir sus dudas. No debe estudiarse de memoria y a la letra, sino de sentido; ello se logrará leyendo libros en la lengua nativa, como la más propia para entender los asuntos.

Considera Sarmiento que ninguna ley universal será válida si no se deduce inmediatamente del derecho natural; las normas de una educación natural, por ende, deberán estar fundamentadas en la observación de las costumbres de los animales, y sobre todo de las costumbres de las naciones, en especial las de los salvajes por cumplir con mayor fidelidad las leyes que la sabia Naturaleza ha dictado para los hombres.

Las ciencias deberán enseñarse históricamente, es decir en orden cronológico del pasado hacia el presente, por ser la forma más adecuada al entendimiento. La Historia es un signo inequívoco de una educación esmerada; la Geografía y la Cronología, a las que Sarmiento llama los dos ojos de la Historia, no pueden faltar.

La Historia Natural es lo último que debe enseñar el maestro al niño con el fin de que éste se haga *autodidactus* (autodidacta), y es por decirlo así la corona de la educación. En este sentido el maestro, más que brindarle información sobre los distintos reinos naturales, le enseñará a observarlos y despertará el interés innato (natural) en el niño por el mundo que le rodea, método el más seguro de hacerse un autodidacta. Con ello, se logrará llevar a buen término una educación natural, propósito último de la Ilustración en estos terrenos.

Retomemos aquí el *Eusebio* de Montegón. La novela comienza, recordemos, cuando Eusebio, de seis años de edad, y su criado Altano son rescatados en las afueras de Salem, junto a la desembocadura del río Delaware. La elección de dicha edad no es gratuita; Eusebio ha consolidado su entendimiento y comienza a dar los primeros frutos su razón,

¹⁰³ Sarmiento. *Op. cit.*, p. 144.

por lo que está listo para desarrollar las habilidades del lenguaje, como son leer y escribir, y las del pensamiento, por ejemplo la lógica. Todas estas habilidades las fomentará con paciencia y alegría su mentor Jorge Hardyl, quien es en realidad su tío.

Montengón, así como otros tratadistas de la época, recomiendan que el niño tenga un mentor para que lo eduque; lo ideal sería que fuera su padre, pero si éste no tenía tiempo suficiente, sólo quedaba una salida para una buena educación. El mentor debía ser honrado, de buenas costumbres, culto y reputado sabio, para saber encaminar al niño por la estrecha senda de la virtud.

Enseñaron a Eusebio las costumbres cuáqueras, pero respetaron su religión católica, lo cual nos habla del ideal ilustrado de tolerancia. Para Montengón la religión católica es la más excelsa y sublime del orbe; sin embargo, las otras también pueden tener contenidos de verdad y encauzar a sus fieles a la virtud, por lo que la tolerancia no es sólo aconsejable, sino esencial en una buena educación. Enseñar al niño los misterios de la fe católica, es pues fundamental.

Otra cosa que dejaron incólume en el niño, y hasta procuraron fomentar, fue su lengua materna: el castellano, idioma que Hardyl hablaba con fluidez. Pero como también era menester conocer la lengua del lugar en que vivían, enseñáronle inglés. Cuando Eusebio creció en edad, además de dichas lenguas inculcáronle el griego y el latín, para que Eusebio se familiarizara con los clásicos, en especial con los filósofos estoicos como Epicteto y posteriormente Séneca, para que Eusebio guiara sus costumbres con máximas sabias. Es decir, el aprendizaje de las letras, y toda la enseñanza en general, debe tener como faro la utilidad.

Hablando de utilidad, ¿qué mejor que el niño aprenda a valerse por sí mismo? Así, el aprendizaje de un oficio es esencial; el oficio debe ser enseñado por el padre o mentor al niño alrededor de los seis o siete años. Hardyl enseña a Eusebio el oficio de cestero, y lo pone a vender los cestos que éste fabrica. Con ello se consiguen varias cosas de provecho: uno, le enseñará a ganarse el pan con el sudor de su frente haciéndose, con el tiempo, superior a los reveses de la caprichosa fortuna, que es la lección más importante; dos, fomentará en su corazón la humildad, desterrando poco a poco la vanidad, y no sentirá vergüenza en que lo vean con hábito humilde y con los cestos que él fabricó (el desprecio por los trabajos manuales entre la alta y la baja nobleza era pan de todos los días; para que

España saliera de su crisis, era fundamental alentar los trabajos manuales); tres, el tener su cuerpo de continuo extenuado retardará en su alma la aparición del deseo más peligroso en un varón: el que es provocado por la vista y los encantos de una mujer hermosa, y que impele al ánimo a conseguir el objeto de su amor, turbándose e irritándose sobremanera si no lo consigue. “Las pasiones no refrenadas desde la infancia, hechas a sus solturas, cobran fuerza de imperio y avasallan a la edad adulta, hallando motivos de patrocinio en el honor con que la vanidad irritada se abroquela.”¹⁰⁴

Eusebio logra poner en práctica las máximas de modestia, moderación, frugalidad, docilidad y comedimiento que su maestro Hardyl le inculcaba con su ejemplo, pudiendo sobreponerse siempre a los muchos caprichos que la fortuna le deparó.

¹⁰⁴ Montengón. *Eusebio*, p. 102.

Capítulo 3.

La imagen de las niñas

Importancia de la educación de las niñas

Josefa Amar y Borbón, en el prólogo de su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*¹⁰⁵, realiza una exaltada defensa de la importancia de educar a las mujeres. Por esto se la ha tildado de feminista, lo cual resulta exagerado, ya que los ilustrados buscaban educar tanto a hombres como a mujeres.

Comienza con una cita en griego de Jenofonte (capítulo 13), lo cual hace gala de su erudición: “La buena educación enseña a hacer buen uso de las leyes, y a hablar de lo justo, y a escuchar.”

La felicidad depende de la buena educación de la sociedad; si no se educa a las mujeres, ¿qué educación recibirán sus hijos? ¿cómo esperar de las niñas que sean buenas madres y esposas, si tan malos ejemplos tienden a imitar?

Ambos sexos necesitan de una instrucción competente para imprimir orden a la familia, y para que ésta, a su vez, comunique el orden a la sociedad. ¿Qué parte del dicho orden familiar compete a la mujer? El gobierno de la casa, el cuidado y crianza de los hijos y la buena comunicación con el marido.

Las mujeres fundan su estimación en su hermosura, es decir en el adorno y buen parecer; por la verdad, no se conoce imperio más absoluto que la hermosura. Por ello, las mujeres se observan con mucho cuidado unas a otras, se imitan y estimulan. La hermosura, sin embargo, es para Josefa un delicado don que la Naturaleza concede a pocas; además es pasajera, por más adornos que se hagan.

Por el contrario, las gracias del entendimiento no se marchitan ni envejecen; que una mujer estudie tiene más mérito por la falta de premio, el estímulo más universal y poderoso que se conoce para mover todas nuestras acciones; los hombres estudian con la seguridad de lograr empleos, honores e intereses. Dadas estas circunstancias, para las mujeres la

propia utilidad de la educación debe ser su recompensa; no se trata de formar madres y esposas, sino de educarse para sí mismas.

La mala educación de las mujeres sofoca las buenas semillas que plantó en ellas la naturaleza: “Son muchas las que sin otro auxilio que el de la razón natural, tienen más discreción que los hombres que no han estudiado, y se enteran prontamente de los asuntos que se hablan en su presencia.”¹⁰⁶ Mediante esta cita de Locke, la autora señala la innata curiosidad de las mujeres, mayor que en el caso de los hombres. Por tanto, las mujeres poseen, en general, un entendimiento superior que sus homólogos masculinos.

Sin embargo, muy en el talante ilustrado, la autora no pretende polemizar; sugiere que, por el momento, la idea de un reconocimiento de la igualdad intelectual y laboral del hombre y la mujer resulta fantástica, por lo que era menester adaptarse a las circunstancias: “No formemos, pues, un plan fantástico: tratemos sólo de rectificar en lo posible el que está ya establecido.”¹⁰⁷

Josefa considera que lo que competía en ese momento a la mujer era el gobierno doméstico, importantísimo para el orden familiar, en cuanto a su relación con el marido y la educación de los hijos. Así, la mujer contribuye educándose y educando a sus hijos, desde su relativo aislamiento hogareño, al orden y felicidad general del Estado.

Educación física

Siguiendo a Locke, Josefa considera ser la salud y robustez del cuerpo el mayor bien de la Naturaleza. Para las mujeres, lo ideal es que tengan ánimo varonil para soportar las adversidades como los lacedemonios; el ánimo apocado, que hace a las mujeres asustarse y llorar por todo, es para Josefa una consecuencia directa de una mala educación.

Los vicios de las mujeres se trasvasan a los hijos; si una mujer es asustadiza, el hijo tenderá a asustarse a la menor provocación; por el contrario, una mujer fuerte criará hijos fuertes. De esta forma, los vicios y virtudes de las mujeres producen muchas consecuencias no sólo para su familia, también para el Estado.

¹⁰⁵ Amar y Borbón. *Op. cit.*

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 69.

En cuanto a la educación física de las mujeres, Josefa se remonta a la preñez; en efecto, recomienda que las preñadas no coman alimentos pesados, salados ni cargados de especias, no sea que, desequilibrándose los humores, afecten al feto en su vientre y la calidad de la leche aminore. Asimismo, deberán evitar los antojos desordenados; también ha menester de usar ropa holgada para que no oprima a la criatura.

Respecto al parto, lo mejor es dejar que obre la naturaleza; todo lo que suele hacerse por acelerarle es perjudicial. Lo mejor es que las recién paridas continúen con su dieta de alimentos templados, abrigo bien y dar a mamar de ambos pechos. “La obligación de criar las madres a sus hijos es derecho natural.”¹⁰⁸

Dicho lo anterior, la costumbre de las mujeres que dan sus hijos a amas de leche apenas nacen, resulta anti-natural, “inhumanidad inaudita”¹⁰⁹. Considera Josefa que el origen de esta odiosa costumbre debe atribuirse, probablemente, a la incontinencia de los maridos. Es sentido común, además, que las madres cuidarán a sus hijos, por ser suyos, con más cariño y cuidado que una nodriza.

Con todo, si la madre no pudiese darle pecho, por la circunstancia que fuese, deberá elegirse ama de buenas costumbres, cuidadosa y enemiga de malas inclinaciones. Lo más importante es que se parezca en todo a la complejión de la madre; sana, apacible, casta, sobria y afable, lo cual indica la creencia (común en la época) en la transmisión de valores morales a través de los humores de la leche. La leche “debe ser blanca, sin olor y de poco sabor; no muy agüosa [sic] ni muy espesa, de una mediana consistencia y difícil de coagularse al fuego.”¹¹⁰

En lo que atañe al cuidado de los niños de pecho, la madre debe saber ante todo que el llanto es el único medio que conocen los niños de pecho para socorrer sus necesidades.

Para evitar infecciones, es necesario vaciar el cordón umbilical de líquido amarillento antes de cortarlo. A continuación, debe lavarse al niño con agua tibia mezclada con un poco de vino; siglos ha que se pensaba que el vino diluido robustecía los humores, evitando posteriores enfermedades en el infante.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 72.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 91.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 93.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 197.

La autora protesta contra la costumbre de fajar a los niños, pues no permite la adecuada circulación de la sangre, ni el crecimiento correcto de sus huesos y músculos; las amas usaban de este recurso para dejar a los niños en un lugar y seguir con sus actividades cotidianas.

La importancia que se da a la higiene constituye una gran novedad; se recomienda, por ejemplo, tallar el cuerpo de los niños con una esponja mojada en agua fría, excepto la parte superior de la cabeza (zona especialmente blanda y delicada), todos los días antes de que comieran; incumbía también a los padres acostumbrarlos al viento y a la ropa holgada, todo ello con el fin de fortalecerlos contra las enfermedades.

Se recomienda no usar andaderas para enseñarles a caminar, pues avezan a los niños a andar inclinados hacia delante.

Antes de la dentación (alrededor de los seis meses), los niños comienzan a babear mucho; a más de ello, esta etapa se caracteriza por disgusto e inapetencia constantes y ánimo impertinente. Para aliviar en algo estos achaques, se sugiere mezclar algún alimento con la leche materna, pero de fácil digestión. Que nada coman a deshora sino pan.

Menester es no exponer a los niños al miedo mediante cuentos de fantasmas y apariciones, especialmente fomentados por la compañía de los criados, gente supersticiosa. En la medida en que los niños vayan creciendo en entendimiento, los padres procurarán instruirle en las razones naturales de las cosas, pudiendo los niños comprobarlas a través del uso de sus sentidos.

Hasta ahora no hemos visto diferencia alguna entre un niño y una niña, ya que para Josefa las mujeres son capaces de habituarse a todo del mismo modo que los hombres (al respecto nos recuerda el ejemplo de los lacedemonios).

Es el vestido, como bien señala la autora, el primer signo importante de diferenciación entre un niño y una niña. Aconseja al respecto no usar las cotillas (vestido usado para apretar la cintura y hacer que las niñas caminasen derechas), por ser perjudiciales para la salud.

Las niñas deberán llevar vestidos decentes conforme a su clase, pero de aquéllos que se puedan lavar, para que vayan siempre limpias, lo que constituye el principal realce de su hermosura. Es curiosa la insistencia en la limpieza, pues ello indica que la higiene era un hábito nuevo, y muchas niñas y mujeres vestían sucias y desaseadas.

No debe pretenderse que el niño sea un adulto chiquito; el niño, por primera vez en la historia es eso, un niño; debe jugar, correr y ensuciarse, y los padres deberán aceptarlo. No le vestirán lujosamente, alardeando la buena posición de su familia, sino con vestidos holgados que permitan su libre movimiento, lo que resulta fundamental para propiciar en él el fortalecimiento de su salud y el crecimiento adecuado de los músculos y los huesos.

Insiste Josefa en la advertencia de aclimatar a las niñas al frío y al viento, por lo que el ideal es la ropa ligera. Señala que deben respirar a través de la nariz y con la boca cerrada, para impedir el mal olor del aliento, lo que sugiere que no existía la costumbre de lavarse los dientes, o a lo menos que no estaba arraigada.

He aquí una importante diferencia en las niñas: ellas deben cuidar su aspecto y su limpieza más que los hombres, para realzar su hermosura, causando así una buena impresión.

Exhorta a que no coman carne sino hasta los cuatro años, ni manjares cargados de especias. Además, deberán demostrar parsimonia en el comer y el beber, para cultivar la virtud de la moderación y evitar el vicio de la glotonería.

Que las niñas se acuesten temprano y se acostumbren a madrugar. La autora recomienda, a este propósito, un hábito que a ella le proporcionaba gran complacencia: ir al campo por la mañana, antes de salir el sol, para respirar aire fresco y realizar ejercicio moderado, lo que brindaría a las niñas salud.

Educación moral

“La educación moral es sin duda la más difícil, pero también la más importante, porque abraza la enseñanza e ilustración del entendimiento, la regla y dirección de las costumbres, y en una palabra lo que se llama buena conducta y manejo en todas las acciones.”¹¹¹ La madre deberá enseñar a su hija con el ejemplo; ella comunica sus valores a la hija; si éstos son de buena calidad, su hija también los tendrá buenos, caracterizándose en su trato afable, obediente y respetuoso.

La natural curiosidad de la especie humana es mayor en el caso de las niñas. Esto puede ser malo si degenera en chisme y en cotilleo constante, pero puede resultar benéfico si se

¹¹¹ *Ibid.*, p. 135.

encamina al cultivo de las artes y de las ciencias. “La primera cosa que se ha de enseñar a las niñas es a respetar y obedecer a sus padres; porque sin este fundamento no puede haber buena educación.”¹¹²

Como los niños pequeños no entienden el lenguaje verbal, los padres deberán recurrir al lenguaje gestual (corporal) para manifestar complacencia o enojo ante el comportamiento del bebé. “La observación en los niños es anterior al conocimiento.”¹¹³

Por tanto, los niños entienden mucho más de lo que muchos padres creen, si bien no pueden expresarlo con palabras; el trato de los padres para con sus hijos no debe ser áspero y cruel, ni tampoco blando en extremo; el ideal es el justo medio, la moderación. El dominio de los padres sobre los hijos debe ser suave y cariñoso.

Ante todo los padres deben hacerse respetar, a veces por medio del agrado y otras por medio del enojo. A las dóciles y obedientes, por el cariño y el agrado; a las tercas y desaplicadas, a través de una constante seriedad, “para que adquieran el debido temor, y empiecen desde temprano a sujetar sus pasiones.”¹¹⁴

En lo que atañe al conocimiento de Dios y de la religión, el Evangelio es igualitario, pues no distingue hombre o mujer. Las niñas deben rendir justa adoración y obediencia a Dios, “guardar los mandamientos, practicar las virtudes, huir los vicios, y trabajar en su propia santificación en cualquier estado y circunstancias en que se hallen.”¹¹⁵

La adoración a Dios debe ser tanto interior como exterior; la primera, caracterizada por la pureza y rectitud de intención y por la sujeción voluntaria del entendimiento; la segunda, por la práctica de las virtudes y por la abstinencia de las cosas que prohíbe la religión.

La preceptiva moral resulta, como vemos, más exigente en las niñas que en los niños; la educación, permisiva para unos y estricta para otras. “Importa, pues, cimentar en su ánimo que la verdadera y sólida virtud consiste en practicar lo bueno y aborrecer lo malo, en refrenar sus pasiones, en mortificar sus apetitos, en el ejercicio de la caridad, y sobre todo en el fiel cumplimiento de sus obligaciones: todo lo cual puede hacerse sin salir de su casa, y aun sin que lo adviertan los demás.”¹¹⁶

¹¹² *Ibid.*, p. 141.

¹¹³ *Ibid.*, p. 142.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 144.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 149.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 150.

Nótese que una buena educación moral ‘puede hacerse sin salir de su casa, y aun sin que lo adviertan los demás’; las niñas deben ser discretas para evitar que surja en su ánimo el vicio de la vanidad; estando en su casa, las niñas se prepararán para su ocupación futura: la administración de una casa (lo que etimológicamente significa ‘economía’).

La virtud debe enseñarse más por ejemplos que por preceptos; debe cuidarse que el acto virtuoso venga del interior, para no recaer en el arte de la apariencias, es decir en la cortesía barroca. Para el neojansenismo¹¹⁷, doctrina que influyó a Josefa Amar y Borbón, lo que importa no es el culto exterior, sino la intención interior.

La autora, al tratar de los documentos¹¹⁸, que se deben dar a las niñas, menciona ante todo el respeto a los mayores, principalmente a los maestros; esto resulta indicativo de que lo más importante en una mujer, desde niña, es la obediencia y el respeto a la autoridad, lo que apunta a su situación subordinada al hombre.

Después del respeto a los mayores, la afabilidad con los criados; sin embargo, no es conveniente intimar con ellos, ya que por no haber tenido una adecuada educación, constituyen un influjo peligroso que puede estragar las costumbres y echar a perder los esfuerzos de sus padres y tutores.

La niña deberá distribuir adecuadamente su tiempo entre las labores femeninas, estudios y devoción. Debe evitarse un vicio muy común en el sexo femenino, que es el ser extremado en sus devociones, descuidando sus demás labores y dejando en ocasiones su casa tan abandonada, que producen la ruina de muchos matrimonios.

Es fundamental recomendar continuamente la limpieza a las niñas, “aunque sea preciso decirles que esto aumenta la hermosura que tanto aprecian.”¹¹⁹ Es decir, debe fomentarse la limpieza en pro de su salud y el realce de su hermosura, a pesar de que fomente su vanidad, el principal vicio de las mujeres. “Se han de acostumar a lavarse por lo menos dos veces al día, a la mañana y después de comer, cuidando de no mancharse los vestidos, y de comer con aseo, conforme a las reglas que tiene establecidas en este punto la política y fina

¹¹⁷ El neojansenismo, que gozó de cierta popularidad en el siglo XVIII entre los ilustrados españoles, no es otra cosa que la revitalización del jansenismo, doctrina fundada por el obispo Cornelius Jansen en el siglo XVII. Basado en los escritos de Agustín de Hipona, desarrolla el tema de la ‘gracia eficaz’, que es la idea de que el estado original del hombre equivale a su estado natural, es decir a su felicidad; la gracia eficaz de Dios devuelve el alma humana a su estado original. Para obtener esta gracia eficaz, era necesario el arrepentimiento interno, no el culto externo ni las palabras de un sacerdote.

¹¹⁸ Por ‘documentos’ entiéndase ‘máximas morales’.

¹¹⁹ Amar y Borbón, p. 154.

educación.”¹²⁰ Esto demuestra, con contundencia pasmosa, que la universal costumbre de las mujeres de estar aseadas es, históricamente hablando, muy nueva.

Debe procurarse que las niñas no sean descuidadas ni perezosas; a la vez, no debe permitirse que se mezclen en las conversaciones de los adultos, y menos de sus padres, porque si lo hicieran hablarían sin reflexión y constituiría una falta de respeto. He aquí una importante contradicción de Josefa, lo que demuestra que era un asunto muy vivo en la época: por un lado defiende la igualdad del hombre con la mujer, siendo los primeros superiores en fuerza física y las segundas en entendimiento, y por otro postula que los padres deben prohibir que las niñas se mezclen en sus conversaciones, pues hablarían tonterías, con el disgusto de los presentes, además de que dicho acto sería como si las niñas quisieran ponerse a su mismo nivel.

Para Josefa estos son los vicios propios de las niñas: “Las niñas suelen ser envidiosas, propensas a mentirillas para excusar y cubrir sus faltas, amigas de adornos, y descuidadas de las cosas de su uso.”¹²¹

Retoma a Benito Jerónimo Feijoo para apoyar la idea de que la tiranía de la moda constituye la degradación de la mujer, ya que se considera como un simple objeto destinado a satisfacer nuestros ojos; ello es perjudicial para la mujer ya que todos sabemos que, cuando un objeto se deteriora o no satisface más nuestros deseos, se desecha. No se trata de que las mujeres desprecien la hermosura, sino de que no depositen en ella toda su estimación, procurando también dedicarse a las labores propias de su sexo e instruirse en toda clase de conocimientos útiles para la administración de la casa.

Diserta Josefa sobre las labores mujeriles: “Las labores de manos y el gobierno doméstico son como las prendas características de las mujeres; es decir, que aún cuando reúnan otras, que será muy conveniente, aquéllas deben ser las primeras y esenciales.”¹²² Hacer calceta, coser e hilar es lo primero que deben aprender, por ser lo que más se requiere en una casa; después, a bordar en blanco y en colores, la malla, los encajes y otras labores semejantes. Estas labores manuales, señala Josefa, no son impropias de una señora, sea de la clase que fuese.

¹²⁰ *Ibidem.*

¹²¹ *Ibid.*, p. 157.

¹²² *Ibid.*, p. 160.

En fin, las mujeres deben cuidar la economía y el gobierno domésticos, pues es labor propia de su sexo necesaria para el éxito de un matrimonio y para lograr el orden y concierto de la sociedad. Deben ser hacendosas y procurar el acrecentamiento de sus bienes.

Una reforma educativa de Carlos III estableció escuelas gratuitas para niñas, donde se les enseñaba a hilar, bordar, tejer y coser; la alfabetización se contemplaba como una opción, no como una obligación.

Para Amar y Borbón, sin embargo, todas las niñas debían aprender a leer y a escribir con corrección; para cumplir este cometido, recomendaba ejercitarse en la elaboración de cartas, lo que les ayudaría en el estudio y el conocimiento de la lengua nativa.

El estudio de la Historia es conveniente a niños y niñas por ser de mucho entretenimiento y porque enseña a conocer a los hombres y sus diversas pasiones, y además porque “en el trato regular de las gentes ocurre más a menudo hablar de las noticias históricas que de los secretos de las ciencias.”¹²³

La Historia debe comenzar por la del país nativo, en este caso España, seguidas por las de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, pero sobre todo de la Antigüedad (Grecia y Roma). Josefa considera importante aficionar a las mujeres a la Historia para desviar su gusto por las novelas, “a que suelen ser tan inclinadas.”¹²⁴ ¿Por qué era esto importante? Porque Josefa considera que la Historia es útil y las novelas no.

El estudio de la Historia tendrá que estar acompañado por el de la Geografía, ciencia divertida y útil a toda clase de gentes. La aritmética es también una ciencia importantísima para el sexo femenino, pues enseña a llevar cuentas. Las niñas, para preparar su futura condición de esposas, deberán ejercitarse en dicha ciencia llevando un libro de cuentas, apuntando siempre lo que se gasta y lo que se recibe.

A las niñas que mostraren entendimiento superior, será conveniente enseñarles los rudimentos de la Gramática latina, lo cual les facilitaría el uso de los libros sagrados, que hablan igualmente con las mujeres y con los hombres, pues se dirigen al entendimiento del alma y no a la razón del intelecto. Aprenderán lenguas foráneas de acuerdo a su utilidad: francés, inglés e italiano; también aprenderán lenguas muertas, primero el griego clásico y después el latín.

¹²³ *Ibid.*, p. 175.

A todas las niñas debe permitirse leer comedias, siempre que traten poco o nada de amores. El criterio es una vez más la utilidad.

Esta educación de las niñas va encaminada a un fin, que comparte también la educación de los niños: la felicidad a través del ejercicio intelectual. Amar y Borbón “estaba convencida de que el intelecto no tenía género y que éste, en buena parte, se iba conformando desde la infancia a través de un proceso continuo de restricciones y diferencias.”¹²⁵

Cometido es de los padres apoyar a las niñas que mostraren disposición al dibujo y a la música, y a ello se dediquen. Incluso recomienda el baile, ya que aumenta la gracia de las acciones más comunes; eso sí, debía ser natural y ajustado. Sin embargo, las ocupaciones más importantes de una niña, no olvidemos, serían el cuidado de la casa y la ilustración de su entendimiento.

Es patente la universal inclinación de las mujeres a adornarse, lo que frecuentemente realza su hermosura, lo cual es positivo, pero ensalza su vanidad, lo cual es reprobable. Para evitar fomentar la vanidad, deberán vestirse y adornarse con moderación y con juicio, de acuerdo a lo que ameriten las diversas ocasiones.

Además de la vanidad, otro vicio universal de las mujeres, muy relacionado con aquél, es el deseo de adulación y lisonja; otro, muy común y muy molesto, es hablar demasiado. En las reuniones de señoras, menciona la autora, casi todas hablan a un tiempo y tratan de mil pequeñeces; para remediar este mal, deberá acostumbrarse a las niñas a que piensen antes de hablar.

Otro vicio propio de las mujeres es la venganza; ante ello, sólo cabe infundir moderación a los deseos, y acostumbrarlas de continuo a perdonar.

La curiosidad, como ya había mencionado, es defecto si se emplea en cosas fútiles, pero virtud si se aplica a las útiles.

La murmuración es un vicio que se basa en el placer de contar lo que se ha dicho; el problema es que a veces se publica lo que no debe decirse, o se altera la información que se dice, implicando la honra de las personas involucradas. “La murmuración es el recurso de los que no saben de qué hablar, y por consiguiente reina más entre gentes ignorantes que

¹²⁴ *Ibid.*, p. 176.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 48.

instruidas.”¹²⁶ Cabe preguntarse hasta qué punto la murmuración se debía, en el contexto de la época, a que la mayoría de las mujeres, no teniendo otra ocupación que su familia y su casa, saliendo de ella en pocas ocasiones, tenían por tanto escasas oportunidades de instruirse, máxime que muchas de ellas no sabían leer ni escribir, incluso entre familias nobles.

La envidia también corroe el corazón de muchas mujeres; para Josefa, la envidia se daba sobre todo entre unas mujeres y otras, por querer poseer las gracias de que las privó la Naturaleza, o los bienes de que las privó la fortuna. Para erradicar este mal tan dañino, lo mejor será aclararles que Naturaleza y fortuna son caprichosas y que el cultivo de la virtud, en especial la moderación, y el desarrollo de la razón son métodos los más eficaces para aspirar la consecución de la felicidad, desterrando las tinieblas de la ignorancia y del error.

La modestia será, de hecho, la base de todas sus virtudes en todos sus estados: monja, soltera, casada y viuda. Consiste en conservar el decoro (circunspección, recato), evitando los extremos del descaro o del demasiado encogimiento.

El mal no está en que aparezcan en el corazón de las niñas los vicios, pues ello es de esperarse, sino en dejarse llevar por su violencia; para evitar estos virulentos arrebatos, lo más conducente es fomentar en ellas la reflexión y el juicio.

La madre es el eje del proceso de aprendizaje de la niña, e intermediaria entre ésta y la sociedad. Los niños, al igual que las niñas, son masa blanda que puede ser moldeada por los padres a su antojo (idea que retoma de Locke: *tabula rasa*). “Nacen sin habla, sin ideas, sin costumbres y sin fuerzas: todo se va formando después con el uso, con la imitación y con los documentos que reciben.”¹²⁷

Necesario es que las hijas teman y respeten a las madres, pero al mismo tiempo que las amen y estimen; lo primero, por ser el principio de la obediencia, piedra angular de la sociedad ilustrada; lo segundo, porque sin ello la autoridad no tiene fundamento alguno, degenerando en tiranía y en aborrecimiento y desprecio de los subordinados, en este caso de los hijos.

En cuanto al debate sobre si era mejor educar a las niñas en su casa, o en colegios o conventos, Josefa se decide por la primera opción, porque así los padres podrán vigilarlas

¹²⁶ *Ibid.*, p. 210.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 218.

cercanamente, evitando que imiten malos ejemplos; contempla, sin embargo, la posibilidad de contratar ayas o maestros.

Retoma de Locke una sentencia (a su vez tomada de Juvenal): *maxima debetur pueris reverentia*, es decir, ‘es necesario poner en los niños el máximo interés’, pues como todo lo observan e imitan, un mal ejemplo puede traer en el futuro funestas consecuencias. Por ello, el ideal de la educación femenina es la vigilancia constante de los padres y la obediencia incondicional de las niñas.

Montengón, en su *Eudoxia*, nos muestra su concepto sobre la educación femenina ideal, así como la figura de una mujer perfecta como hija y como esposa; la opción del voto religioso no se toma en cuenta por el pensamiento ilustrado, descartándolo como una opción recomendable. “La naturaleza no la dotó a ésta de particular hermosura, pero la suplían su gentileza y gracias, como la amable suavidad de su genio y modesto carácter, que la hacían sumamente agradable en su edad ya núbil.”¹²⁸ Así describe el autor a Eudoxia, considerando que la virtud suple muchas veces las gracias de la hermosura. Belisario amaba a su hija Eudoxia, preocupándole más su educación e instrucción que los carros de triunfo.

Antonina, madre de Eudoxia e hija de Belisario, es descrita por Montengón como una “matrona respetable por su nobleza y por la integridad de sus costumbres, aunque acompañada de cierta soberanía de genio que inclinaba a la altivez y a la severidad, preludios de la ambición y soberbia de que no estaba exenta su alma, engreída con las victorias y honores de su marido.”¹²⁹ Antonina, dados estos vicios, propiciará la desgracia para su familia, tratando cruelmente a Maximio y a Eudoxia.

Para que Eudoxia no contrajese los defectos de su madre durante sus prolongadas ausencias, cuidó Belisario de asignarle una mujer para que cuidase de su hija y la instruyese en la virtud. Llamábase Domitila, y era viuda de un oficial llamado Ancilio, el cual sacrificó su vida por la de Belisario cuando peleaban en África contra un escuadrón de Vándalos. Domitila tenía 25 años. “Era a más de esto de lindo rostro y de muy graciosa presencia, ennoblecida de singular modestia y recato, y de genio igualmente dócil que el de Eudoxia, pero formado ya a la virtud en que su marido Ancilio la había doctrinado.”¹³⁰

¹²⁸ Montengón. *Eudoxia, hija de Belisario*, p. 1.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 2.

¹³⁰ *Ibidem*.

Domitila representa el ideal de tutora de una hija; ella suple con creces a la madre por su recato, moderación y prudencia; a más de esto es afable, ‘de lindo rostro y de muy graciosa presencia’. Ella es virtuosa porque así la enseñó su marido Ancilio, no por mérito propio.

Eudoxia y ella eran amigas íntimas; con Domitila “ella habría su pecho y no le ocultaba sus más íntimos afectos e inclinaciones, que Domitila fomentaba o reprendía según las circunstancias lo exigían.”¹³¹ He aquí otra característica de una buena tutora: la confianza. “La hermosura es don accidental de la naturaleza, que entre pocas la reparte; pero la hermosura interior del alma la da la virtud sola a cualquiera que desea conseguirla.”¹³²

La virtud proporciona lo que ningún adorno da, a saber, la quietud del alma. La virtud ayuda también en las mujeres a evitar con éxito las continuas embestidas de los hombres; según Montengón, las únicas armas contra ello son “la dulzura del recato y la mansedumbre de la exterior modestia y compostura.”¹³³ En este sentido va también la amonestación de Antonina a Eudoxia: “A la larga, créeme, Eudoxia, vale más a las veces tener un marido no tan apuesto, aunque con honrados y virtuosos sentimientos, que otro lindo y bello pero de genio altanero, imperioso y disoluto.”¹³⁴

Es frecuente que las doncellas se dejen avasallar de las primeras demostraciones de su primer amante, prefiriendo éste a cualquier otro por capricho de su amor, obnubilando la posibilidad de un ulterior amante. Domitila dice a Eudoxia, cuando ella le pide consejos para desterrar de su corazón el amor a Maximio, ante la negativa de su madre a verlo: “El amor es la pasión más viva que nos infundió la naturaleza. Nuestro sexo, como más blando y fácil, está sujeto a sus más fuertes impresiones.”¹³⁵

Como las niñas son blandas y fáciles, el mejor modo de educarlas es con el ejemplo, no con argumentos (en ellas, el entendimiento es superior a la razón). Y la mayor virtud que hay que inculcarles es la moderación, pues ésta vela sobre todas las siniestras inclinaciones y deseos.

Domitila confiesa a Eudoxia estar persuadida de que: “Si las mujeres hubiésemos tenido siempre igual instrucción que los hombres en todos tiempos y edades, los hubiéramos

¹³¹ *Ibidem.*

¹³² *Ibid.*, p. 3-4.

¹³³ *Ibid.*, p. 4.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 6-7.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 14.

aventajado en las producciones del genio, a pesar de las mayores ventajas y mejores proporciones que puedan ellos tener para ilustrar su entendimiento.”¹³⁶

Añade Domitila: “El sexo fuerte, y sólo superior en esto de las mujeres, así como quiso que todo plegase y se humillase al poder y fuerza de su brazo, así también quiso avasallar nuestra flaqueza, a la cual impuso todas las leyes que se le antojaron.”¹³⁷

El hombre es superior a la mujer únicamente en fuerza; la mujer es superior en entendimiento, sólo que lo tiene embotado; una enseñanza de ciencias y artes para las mujeres contribuiría a sacar su entendimiento de las tinieblas de la ignorancia y el error.

Lo primero que debe enseñarse a una niña es la ciencia moral, porque es la más útil; en ella encontrará su más segura felicidad, deleitándose en la interior quietud y soberanía del alma. Después otras ciencias (en especial geografía, historia, matemáticas [aritmética] y biología) y artes (música, literatura, etc.).

Junto a estas disciplinas se le enseñará la labor, es decir las ocupaciones caseras; debe inculcársele el amor a la limpieza, tanto en su casa como en su persona, siguiendo el modelo de la mujer hacendosa.

La mujer, como ser más sensible, está más sujeta a las pasiones que el hombre; entre ellas destacan el miedo, la vanidad, la venganza y la soberbia. Para desterrar estos vicios es necesaria una buena educación. “Las pasiones no llevan por mira sino una felicidad aparente, dudosa e inconstante, un interés momentáneo y sólo exterior, y que al contrario, la virtud aspira a la sólida y duradera felicidad, que tiene su trono en lo interior del ánimo.”¹³⁸

Las pasiones, como achaques del ánimo, son entes intelectuales, contruidos con base en nuestras ideas; por ejemplo, el temor a la oscuridad está contruido con base en la ignorancia de lo que en ella hay. La razón empírica es como la luz que ilumina las tinieblas, desterrando el error (falsos prejuicios) y la ignorancia (desconocimiento).

“Mal físico y real no hay otro que el dolor, como no hay tampoco otro bien físico que la salud. La naturaleza no reconoce otros males y bienes; con ellos constituye nuestro ser y existencia, o la destruye y disuelve.”¹³⁹ Todos los demás males son ideales y de opinión.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 27.

¹³⁷ *Ibidem.*

¹³⁸ *Ibid.*, p. 35.

¹³⁹ *Ibidem.*

He aquí lo que Eudoxia contesta a Domitila, y constituye una promesa que encarna lo que toda niña que aspire a la virtud debería hacer: “No seré vana, codiciosa ni ambiciosa, sino que conseguiré la soberanía de la moderación, que me hará superior a todos los falsos bienes de la tierra y hará que no les eche menos, porque nada falta a quien nada desea.”¹⁴⁰

Lo único que cabe desear es la salud, y de lo único que cabe quejarse es del dolor. Las niñas deberán reprimir sus deseos cuando entiendan que son superfluos, ejercitadas en la moderación. Deberán aceptar su posición social y no pedir mayor bien que la salud ni quejarse a no ser del dolor físico, lo cual implica obediencia absoluta a la autoridad, a sus superiores.

Para demostrar Eudoxia que no sería vana, tira las joyas que había en una mesa y las pisa, lo cual ni aprueba ni desaprueba Domitila; Antonina se ofende y le da una cachetada, lo cual acepta Eudoxia con resignación. Domitila explica el suceso a Antonina, la cual se avergüenza de su proceder. Esta anécdota nos muestra, por un lado, que las demostraciones exteriores de desapego a los bienes de la fortuna no son lo importante, sino el ánimo interno de la virtud; por otro, que una hija debe obedecer a sus superiores, en este caso su madre, aún cuando no tengan razón.

Las joyas, e incluso la vida, son bienes prestados de la fortuna, la cual puede reclamarlos en el momento menos esperado. En este sentido es clara la filiación neo-estocista de Montengón, la cual plantea la imperturbabilidad (indiferencia) ante los reveses de la fortuna. Este ideal es encarnado, hasta llegar casi a la apoteosis, por Belisario, el cual funge en la novela *Eudoxia* como un foco que irradia su sabiduría hacia todas direcciones, como el Sol que sigue brillando a pesar de que lo tapen las nubes más negras y tormentosas.

No debemos maldecir la suerte que nos tocó porque es mutable: a veces favorable y a veces no. Un ánimo sosegado, en cambio, es como un roble que no se dobla ante los vientos más amenazantes, brindando sombra de alivio a los desesperados. Esto se relaciona a su vez con el deísmo, mentalidad ilustrada por demás reveladora:

“El Criador deja obrar en la tierra las causas que recibieron su primer impulso, quedando al albedrío del hombre el valerse de los medios y luces que le ofreció para gobernarse en

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 36.

este suelo y perfeccionar su interior.”¹⁴¹ Dios es el Primer Móvil; las causas inferiores son las que operan en el mundo y rigen nuestros destinos. Los milagros no existen. Dios actúa a través de las leyes naturales, las cuales habrá de conocer el hombre para poder seguirlas, encaminándose hacia su Criador.

“¡Santa y noble moderación, tú sola puedes hacer a los mortales mayores que su grandeza y fortuna y superiores a su desgracia, si en ella los hace caer su contraria suerte!”¹⁴² Domitila y Eudoxia se dedicaron a la limpieza de la casa y sus alrededores, quitando las malas yerbas del campo, lo cual no fue deshonoroso sino, bien al contrario, un bello adorno de su virtud, a pesar de que Eudoxia era de familia noble.

La virtud encamina a los hombres a su primitivo y sencillo estado, es decir a la tranquilidad del campo, lejos de la ciudad (anhelo bucólico). La virtud, en palabras de Montengón, puede definirse como “fortaleza de los sentimientos del ánimo con que nos sobreponemos a todos los objetos anhelados de las pasiones.”¹⁴³

Hombres y mujeres, en cualquier parte, ya sea en el campo o en la ciudad, están siempre rodeados de males que los acechan, necesitando por tanto de la virtud (ciencia moral) para hacerles frente. “Conviene y es casi necesario al hombre¹⁴⁴ el estudio de la filosofía moral, cuyo fin es la virtud, para hacer menos sensibles los males y pesares inevitables de la vida.”¹⁴⁵

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 65.

¹⁴² *Ibid.*, p. 73.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 98.

¹⁴⁴ Por ‘hombre’ se refiere a ‘ser humano’.

¹⁴⁵ Montengón. *Eudoxia, hija de Belisario*, p. 114.

Conclusiones

A lo largo del texto abordé los conceptos de crianza y educación de los niños, sin que quizás haya quedado muy claro la diferencia de ambos a mis lectores. La crianza se refiere a los cuidados físicos de la madre para con sus hijos, especialmente en la época de lactancia; con todo para los tratadistas del siglo XVIII, recordemos, la lactancia implicaba también la transmisión de virtudes al espíritu del niño, a través de los humores maternos. La educación está más bien a cargo del padre y se refiere a la moralidad, aunque parte de ella consiste también en el aprendizaje de un oficio y en el fortalecimiento físico del infante. Así, a grandes rasgos, podríamos entender la crianza como una labor fundamentalmente materna y física desde el nacimiento hasta los cinco años, y la educación como esencialmente paterna y moral desde los cinco hasta los once años. En el caso de las mujeres, sin embargo, la madre seguiría ejerciendo primordial importancia en el cuidado de su hija.

Los niños son como una *tabula rasa* a la que hay que moldear de acuerdo a la virtud; semejantes a monos, poseen una capacidad asombrosa para imitar lo que les rodea. Debido a su bullicioso y vivaz apetito a aprehenderlo todo, los padres deberán poner mucha atención, desde que nacen, en proveerles de estímulos sensoriales adecuados y fomentar así, en su tierno corazón, el amor a la virtud y la aversión al vicio.

Todo niño al nacer es salvaje, es decir bueno. La diferencia entre los hombres radica en la crianza y en la sociedad de la que forman parte. Nacen con la semilla de la racionalidad, pero si no se cultiva, su entendimiento permanecerá al nivel de las bestias; las semillas de la virtud y del vicio provienen de la sociedad que les rodea.

La naturaleza de los niños es débil al nacer, pero puede fortalecerse si se le enfrenta paulatinamente a las variaciones de temperatura, a diversas especies de alimento, a baños con agua fría, etc. Si no se robustece la naturaleza de los niños, de grandes padecerán continuos achaques. Aquí se ve patente el vínculo entre la Ilustración hispana y los avances en los conocimientos médicos. Dichos avances constituyen una verdadera revolución en la forma de concebir y educar a la niñez, en comparación con el Barroco.

Para el hombre ilustrado, la educación es lo que hace verdaderamente diferente a los hombres; ella sola hace la diferencia entre los necios y los sabios, no la nobleza de

nacimiento ni la riqueza de los bienes. Una buena educación debe inculcar en los niños la virtud, en especial la moderación, para que de grandes puedan llevar sus vidas con orden y concierto, contribuyendo así a la formación de una familia feliz, base de la felicidad de la sociedad. Esto es válido para niños y niñas por igual.

Todo lo natural es bueno; por tanto la educación, para aspirar a la perfección, deberá ceñirse a las leyes naturales dispuestas por el Creador. En caso de alguna enfermedad no se ha de recurrir al médico, o recurrir a él lo menos posible, pues la sabia Naturaleza suple con creces la ignorancia de los hombres.

Para demostrar que una costumbre es perniciosa para el desarrollo de los niños, sólo es necesario demostrar que es antinatural, es decir, fruto de una costumbre perniciosa basada en el desconocimiento de las leyes naturales. Es el caso, por ejemplo, de dar al niño a amas de leche (también llamadas ayas o nodrizas) para alimentarlo, o bien el uso de las fajas.

La experiencia, sobre todo, se alza como la forma suprema de guiar la educación de los niños; basta observar atentamente con ayuda de los sentidos, y realizar una revisión histórica, para determinar si tal o cual práctica resulta beneficiosa o perjudicial para el cuidado de la niñez.

La virtud y el buen ejemplo del padre es lo que debe convencer a la madre sobre los beneficios o perjuicios de uno u otro método de crianza, no el imperio de la autoridad; todo ello con el fin de que el niño viva en un ambiente armónico y no halle contradicción entre las ideas de su padre y las de su madre. Siendo una sociedad paternalista y patriarcal, las ideas del padre son las que siempre prevalecen en los tratados, y a la madre sólo le toca callar y obedecer.

Es cierto que la educación física de los niños, sobre todo en su primera edad, compete a la madre, mientras que la educación moral es tarea del padre; ambos son complementarios. Sin embargo, es evidente que para la sociedad de la época la labor del padre era jerárquicamente superior, pues es la mente la que gobierna al cuerpo y no al revés.

Una buena educación deberá procurar siempre el punto medio, pues sólo así conseguirán los padres el equilibrio de sus humores, lo que le dará salud, y el equilibrio en las afecciones del ánimo, lo que le dará tranquilidad y sosiego. Si se consiguen ambos, se habrá logrado el cometido de una buena educación, y cabrá pensar que de adulto se desenvolverá

con cordura y sabiduría, resistiendo a los embates de las pasiones y a los caprichos de la humana fortuna.

Los niños pequeños no son susceptibles de doctrina ni de consejos porque no les ha amanecido aún las luces de la razón, o no las tienen afianzadas; es decir, que no son capaces de distinguir el bien y el mal, la virtud y el vicio, por lo que toda doctrina, por más justa y sabia que sea, no consigue germinar en el niño. De ahí la insistencia del ejemplo, remedio el más eficaz para suplir esta razón ausente o mal cimentada.

El campo, en la mentalidad ilustrada, constituye una metáfora del jardín del Edén; la vida en sociedad lo es del pecado original. Una vez que el hombre se hizo sedentario no hubo marcha atrás; la primitiva pureza se convirtió en un nido de vicios y desazones; su alma fue esclava de sus pasiones, tanto en su vida privada como en la pública. De ahí el anhelo bucólico de una Arcadia simple, lejos del vicio y el bullicio de las grandes urbes; de ahí también la recomendación de enviar al niño al campo, no siempre realizable.

Para la instrucción o primeras letras, en el caso de los niños, deberá seguirse el método natural (también llamado método matemático), basado en la observación empírica racional de la Naturaleza, para de allí sacar leyes universales justas y buenas. Dicho método será autodidacta, pues fomentará la percepción directa del niño de los fenómenos naturales y sociales, para que él mismo deduzca el principio general que los causa, o la moraleja que se puede extraer.

La enseñanza irá de lo más evidente a lo más abstracto, empezando por la Naturaleza, pasando por el hombre y terminando con Dios (religión). El aprendizaje del niño deberá ser en su lengua materna; estudiará también la lengua común o comercial, además del griego y el latín clásicos. El criterio está en la utilidad.

De importancia cardinal es el tema de la higiene, pues es la mejor aliada de la salud en la infancia; las niñas, especialmente, deberán cuidar de andar siempre limpias, pues ello realzará su hermosura. He aquí una importante diferencia entre la educación de los niños y de las niñas; en ambas la higiene es importante, pero el detalle está en el grado.

Igualmente podemos encontrar una disparidad de grado en el tema de la obediencia; las niñas deben obedecer a sus padres y superiores incondicionalmente, aunque éstos cometan abusos flagrantes (basta recordar el caso de la madre de Eudoxia, Antonina), debido a que

el uso de su razón es menos desarrollado que el de los niños, y por tanto todo acto de rebeldía será considerado irracional.

Se enfatiza, en el caso de las niñas, la enseñanza con el ejemplo; de natural sensibles, las niñas aprenderán mucho más con él que con las razones más doctas de la filosofía moral. Los padres deberán enfatizar el principio de autoridad con ellas, portándose severamente con las díscolas y libertinas, y de forma suave y dulce con las obedientes.

Las niñas deberán distribuir su tiempo entre labores femeninas, estudios y devoción; respecto a esta última, deberá cuidarse que no sea excesiva y que sea sincera, dada la universal maestría del sexo femenino en el arte de la apariencia y el engaño. Se procurará decoro en el vestido, no suntuosidad ni galas; deberá ser limpio y holgado, y proporcionado a la circunstancia que se presente, para evitar el fomento al vicio de la vanidad.

Se enfatiza que la virtud suple los dones de la hermosura. Las virtudes que más debe contemplar una niña es recato y modestia, que son la contraparte femenina a la moderación; todas ellas contribuyen a la quietud del alma.

A niños y niñas se les designará un tutor (preferiblemente tutora en el caso de las niñas, para poder éstas confesar sus secretos más íntimos sin pena ni vergüenza); deberá ser honesto y de buenas costumbres, y enseñará a su pupilo virtud, letras y en el caso de los niños un oficio manual, indispensable para que, llegando a estar desfavorecido por la fortuna, pueda ganarse el pan honradamente, con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente.

En cuanto a la educación física, los autores no plantean diferencias notables entre un niño y una niña; sí lo hacen respecto a la educación moral. La educación del niño es más libre, menos sujeta a la vigilancia de los padres, e incluso se recomienda que se ensucie y juegue libremente en el campo; la de la niña requiere más cuidado de los padres, debiendo estar en su casa, recatada y comedida. Hay también al respecto una diferencia jerárquica, pues mientras que a los niños les es necesario aprender latín y griego, sólo es recomendable en el caso de las niñas si éstas demuestran un entendimiento superior.

Aunque, respecto a la educación de las niñas, parezca que nos encontramos ante un pensamiento sumamente estanco y refractario al cambio, es precisamente eso: una apariencia; el cambio respecto a la mentalidad barroca es que, mientras que ésta concebía que las niñas eran vanas, codiciosas y ambiciosas debido a su naturaleza pecadora, para la

mentalidad ilustrada el sexo femenino es así debido a su poco ejercicio en la ciencia moral, fruto de una mala educación.

Pero quizá el cambio más importante sea el énfasis que los autores pusieron en la importancia de una educación universal de las niñas, como estrictamente necesario para la felicidad de las familias y de la sociedad en su conjunto. Aunque se propone que la educación siguiera siendo doméstica, las niñas ya no sólo aprenderían las tradicionales ‘labores femeninas’ (coser, tejer, hilar, bordar, etc.), sino que se ejercitarían en leer y escribir, aprendiendo también aritmética (hacer cuentas). Quizá podría hoy parecerse un cambio ideológico insignificante, pero no lo fue en la época; este proyecto no se cristalizó en España sino hasta el siglo XX.

Bibliografía

Fuentes primarias

*AMAR Y BORBÓN, Josefa. *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Nueva edición preparada por María Victoria López-Cordón. Madrid, Cátedra, 1994. 270 p. (Feminismos). (1ª ed: Madrid, 1790).

CASANOVA, Jacobo (caballero de Seingalt). *Memorias*. 2 v. Traducción del francés al castellano de Aurelio Garzón del Camino. México, Compañía General de Ediciones, 1957. (Ideas, letras y vida).

HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo. *Historia de la vida del hombre*. 7 v. Madrid, Imprenta de Aznar, 1789-1799.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. “Memoria sobre educación pública o sea tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños” (1802), en: *Obras escogidas*. Madrid, 1966. T. II, p. 51-174.

LOCKE, John. *Pensamientos sobre la educación*. Trad. del inglés al español de La Lectura y Rafael Lasaleta. Madrid, Akal, 1986. 381 p.

MAYANS Y SISCAR, Gregorio. “Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España. 1 de abril de 1767”, en: Mariano y José Luis Peset Reig. *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*. Valencia, 1975, p. 181-351.

MONTAIGNE, Michel de. “De la educación de los hijos”, en: *Ensayos*. Pról. y trad. del francés al castellano de Enrique Azcoaga. Madrid, Edaf, 1999. 344 p: 77-130. (Biblioteca Edaf, 241).

*MONTENGÓN, Pedro de. *Eudoxia, hija de Belisario*. Nueva edición preparada por Guillermo Carnero. “Eudoxia, hija de Belisario. Selección de Odas”, en: *Pedro Montengón. Obras*. T. II. Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1990. (Versión digitalizada, 156 p.).

* ----- . *Eusebio. Parte primera sacada de las memorias que dexó él mismo*. Madrid, 1786-1788. Nueva edición preparada por Fernando García Lara. Madrid, Editora nacional, 1984. 1110 p. (Biblioteca de la literatura y el pensamiento hispánicos).

OLAVIDE, Pablo de. *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla*. Estudio preliminar de Francisco Aguilar Piñal. 2 ed., revisada y actualizada. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1989. 156 p. (Colección de Bolsillo, 100).

ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Emilio o de la educación*. México, Éxodo, 2008. 571 p. (Olica Reflexiones, 129).

*SARMIENTO, fray Martín. *La educación de la niñez y de la juventud. [Textos]*. Edición y estudio introductorio de Antón Costa y María Álvarez Lires. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. 294 p: 35. (Clásicos de la Educación, 4).

TRIGUEROS, Cándido María. “Plan de un nuevo método de estudios”, en: Aguilar Piñal, Francisco. *El plan de estudios de Cándido María Trigueros (1768)*. Conferencia pronunciada con motivo del III Coloquio de Historia de la Educación. Barcelona, 1984, s.p.

[NOTA: Los cuatro tratados con asterisco (*) son los que analizo en esta tesis].

Fuentes secundarias

AGUILAR PIÑAL, Francisco. “Conmoción espiritual provocada en Sevilla por el terremoto de 1755”, en: *Archivo hispalense*, 56 (1973), p. 37-44.

----- . *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. 5 v. Madrid, 1981-1989.

----- . “El plan de estudios de Cándido María Trigueros (1768)”, en: *III Coloquio de Historia de la Educación*. Barcelona, 1984, s.p.

----- . *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. Madrid, 1987.

ARIÈS, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Versión castellana de Naty García Guadilla. México, Taurus, 1998. 548 p. (Ensayistas, 284).

CASSIRER, Ernst. *Filosofía de la Ilustración*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972. 405 p.

DELGADO CRIADO, Buenaventura. *Historia de la infancia*. 2 ed. Barcelona, Ariel, 2000. 222 p. (Ariel Educación).

DOMÍNGUEZ LÁZARO, Martín. “La educación durante la Ilustración española”, en: *Norba. Revista de historia*, no. 10, Cáceres, 1989-1990, p. 173-186.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *Carlos III y la España de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 2005. 371 p: 254-296.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (coord.). *Historia de España siglo XVIII: la España de los Borbones*. Madrid, Cátedra, 2002. 411 p.

GAY MAYORAL, Jorge Demetrio. *El niño y lo sagrado en el Barroco novohispano*. Tesis de Licenciatura (Licenciado en Historia) – UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. México, El autor, 2009. 134 p.

GONZALBO AIZPURU, Pilar. *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, El Colegio de México, 2006. 304 p: 137.

HAZARD, Paul. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Trad. del francés al español de Julián Marías. Madrid, Alianza, 1985. 406 p.

HERNÁNDEZ GARCÍA, Jesús. “Ilustración y educación en la primera infancia. Un ejemplo: Fernández de Lizardi”, en: *Revista de educación*, no. 341, sep.-dic. 2006, p. 495-515.

HERR, Richard. *España y la revolución del siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1973. 417 p. (Biblioteca cultura e historia).

RÁBADE ROMEO, Sergio. “La Ilustración: concepción del hombre e ideal educativo”, en: *Educación y futuro: revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, no. 13, 2005, p. 43-58.

SÁNCHEZ BLANCO PARODY, Francisco. *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, Alianza, 1991. 414 p.

SARRAILH, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Trad. del francés al español de Antonio Alatorre. México, Fondo de Cultura Económica, 1957. 784 p.